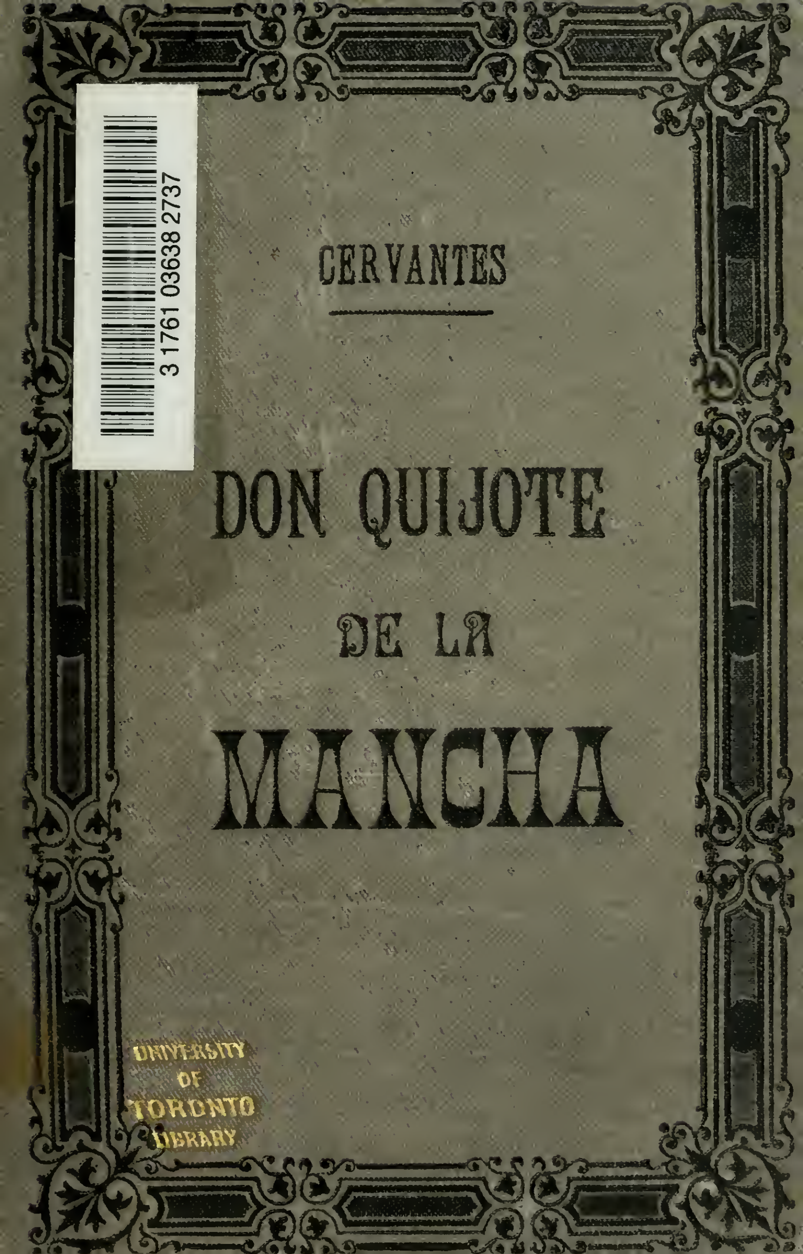

3 1761 03638 2737
CERVANTES
DON QUIJOTE
DE LA
MANCHA
UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY



BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA DE LA JUVENTUD
VOL. II.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICIÓN EN QUE SE HAN TENIDO PRESENTES LAS MEJORES
PUBLICADAS HASTA AHORA
CON NOTAS DE LOS COMENTADORES MÁS INSIGNES DE ESTA OBRA
ARREGLADA
PARA TODA CLASE DE PERSONAS
Y EN ESPECIAL PARA USO DE LOS COLEGIOS

POR

D. DOMINGO ABEJA

TOMO II



SARRIÁ-BARCELONA
TIPOGRAFÍA Y LIBRERÍA SALESIANAS.
1897

DOCUMENTO DE LA PRIMERA EDICIÓN

TASA

Yo, Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del rey nuestro señor, de los que residen en su consejo, doy fe, que habiéndose visto por los señores dél un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, titulado DON QUIJOTE DE LA MANCHA, *segunda parte*, que con licencia de su Majestad fué impreso, le tasaron á cuatro maravedís cada pliego en papel, el cual tiene sesenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta doscientos y noventa y dos maravedís, y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, y que queda en mi poder, á que me refiero: y de mandamiento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, dí esta fe en Madrid á veinte y uno días del mes de octubre de mil seiscientos y quince años.

HERNANDO VALLEJO.

APROBACIÓN

Por comisión y mandato de los señores del Consejo he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contraria á la fe, ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezcla-

do de mucha filosofía moral; puédese dar licencia para imprimirle. En Madrid á cinco de noviembre de mil seiscientos y quince.

DOCTOR GUTIERRE DE CENTINA.

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los señores del Consejo he visto la segunda parte de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, por Miguel de Cervantes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra santa fe católica, ni buenas costumbres, antes mucha de honesta recreación y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes á sus repúblicas, pues aun en la severa de Los Lacedemonios levantaron estatuas á la Risa, y los de Tesalia la dedicaron fiestas como lo dice Pausanias referido de Bosio, *lib. II, de Signis Eccles., cap. X,* alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos de que se acordó Tulio en el primero de *Legibus* y el poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis

Lo cual hace el autor mezclando las veras á las burlas, lo dulce á lo provechoso, y lo moral á lo faceto, disimulando en el celo del donaire, el anzuelo de la reprensión, y cumpliendo con el acertado del asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballerías, pues con buena diligencia mañosa ha limpiado de su contagiosa violencia á estos reinos; es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, admiración y envidia de las extrañas. Este es mi parecer, salvo, etc. En Madrid á diez y siete de marzo de mil seiscientos y quince.

EL M. JOSÉ DE VALDIVIESO.

APROBACIÓN

Por comisión del señor Dr. Gutierre de Cetina, vicario general desta villa de Madrid, corte de Su Majestad, he visto este libro de la segunda parte de EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un cristiano celo, ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo, ni virtudes morales, ántes mucha erudición y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto para estirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiosa afectación (vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos) y en la correción de vicios, que generalmente toca ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprensión cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medecinas gustosamente habrá bebido cuando menos lo imagine sin empacho ni asco alguno lo provechoso de la detestación de su vicio, con que se hallará (que es lo más difícil conseguirse) gustoso y reprendido. Ha habido muchos, que por no haber sabido templar, ni mezclar á propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en la tierra, pues no pudiendo imitar á Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, entregándose á mal dicientes, inventando casos que no pasaron para hacer capaz al vicio que tocan de su áspera reprensión y por ventura descubrien-

do caminos para seguirle, hasta entonces ignorados, con que vienen á quedar sino reprensores, á lo menos maestros dél. Hácense odiosos á los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito si alguno tuvieron, para admitir sus escritos, y los vicios que arrojada imprudentemente quisieron corregir en muy peor estado que antes: que no todas las postemas á un mesmo tiempo están dispuestas para admitir las recetas ó cauterios; antes algunos reciben mucho mejor las blandas y suaves medecinas con cuya aplicación el atentado y docto médico consigue el fin de rosolverlas; término que muchas veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel de Cervantes así nuestra nación como las extrañas pues como á milagro desean ver al autor de libros, que con general aplauso, así por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes: Certifico en verdad, que en veinte y cinco de febrero de seiscientos y quince habiendo ido el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses, de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á los otros capellanes del cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso en éste, que yo estaba censurando, apénas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación de que así en Francia como

en los reinos sus confiantes se tenían sus obras, la Galatea que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte desta y las novelas, fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor dellas que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado hidalgo y pobre: á que uno respondió estas formales palabras: «¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?» Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.» Bien creo que esta, para censura, es un poco larga: alguno dirá que toca los límites del lisonjero elogio; más la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha, y en mí el cuidado: además que el día de hoy no se lisonjea á quien no tiene con que cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid á siete de Febrero de mil seiscientos y quince.

El licenciado Marqués de Torres.

PREVILEGIO

Por cuanto, por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fué hecha relación, que habíades compuesto la segunda parte de Don Quijote de la Mancha, de la cual hacíades presentación, y por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicasteis os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veinte años, ó como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la Premática por Nos sobre ello fecha dispone: fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos primero siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de nuestra cédula en adelante, vos, ó la persona que para ello vuestro poder oviere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro que desuso se hace mención: y por la presente damos licencia y facultad á cualquiera impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original, que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Hernando Vallejo, nuestro escribano de Cámara, y uno de los que en él residen, con que antes y primero que se venda, lo traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública forma, como por corrector por Nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresión por el dicho original, y más al dicho impresor

que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor, y persona á cuya costa lo imprimiere, ni á otra alguna para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas, ni lo podáis vender, ni vendáis vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha Premática y leyes de nuestros reinos, que sobre ello disponen; y más que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir y vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que la sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare, y más á los de nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y corte y Chancillerías, y á otra cualquiera justicia de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y á cada uno en su jurisdicción, ansí los que ahora son, como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced, que ansí vos hacemos, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dado en Madrid á treinta días del mes de marzo de mil seiscientos y quince años.—YO EL REY.—Por mandado del rey nuestro señor, Pedro de Contreras.

DEDICATORIA

AL CONDE DE LEMOS 1

Enviando á Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que repre-

1 Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y Marqués de Sarria, nació en Madrid por los años de 1576. Pellicer lo llama con mucha razón el Mecenas de su siglo por lo mucho que protegió las letras, de lo que es indescutible prueba el haberse llevado consigo cuando fué al virreinato de Nápoles una colonia de poetas y literatos, entre ellos los dos hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola. Entre sus patrocinados se encuentra nuestro inmortal Cervantes, á quien dispensó una protección que sino fué correspondiente al mérito del protegido, puso al menos á este en una situación menos desgraciada como que le sustentaba, le amparaba y le hacía más merced, en el reconocido lenguaje de Cervantes, al que el mismo acertaba á desear. El no haber dedicado Cervantes, el hombre más agradecido, la segunda parte de su inimitable obra al Duque de Béjar, fué debido, según una tradición poco sabida, á que el Duque no le trató, como manifestó Ríos, con la generosidad que correspondía á su grandeza y al mérito y necesidad de tan insigne escritor. CLEMENCÍN BASTÚS.

sentadas [1], *si bien me acuerdo, dije que* Don Quijote *quedaba, calzadas las espuelas, para ir á besar las manos á Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino; y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio á Vuestra Excelencia, porque es mucha la prisa que de infinitas partes me dan á que le envíe, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro* Don Quijote, *que con nombre de* Segunda Parte, *se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China* [2]*; pues, en lengua chinesca,*

1 En efecto no fué el *Quijote* la única obra que dedicó Cervantes al *grande Conde de Lemos*, como él le llama, pues le dedicó también ocho comedias y ocho entremeses nuevos y los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda* obra, con poca razón tenida por su autor, dice Bastús, como la mejor de sus composiciones, cuya dedicatoria escribió después de haber recibido la extremaunción.

2 En este cuento festivo se ve claramente la situación desgraciada del digno de mejor suerte Cervantes. La milésima de lo que han valido las ediciones que sucesivamente se han hecho del Quijote, era más que suficiente para proporcionar á su pobre autor una fortuna superior á sus mismos deseos: sin embargo no debemos extrañarlo si consideramos que esta es la suerte común de todos los hombres grandes.

habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome, se le enviase, porque quería fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana; y quería que el libro que se leyese fuese el de la HISTORIA DE DON QUIJOTE. *Juntamente con esto me decía que fuese yo á ser el rector de tal colegio. Preguntele al portador si su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. «Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China, á las diez, ó á las veinte* [1]*, ó á las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros; y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo el conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios y rectorías me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.» Con esto le respondí, y con esto me despido, ofreciendo á Vuestra Excelencia* LOS TRABAJOS

1 Expresión tomada del modo con que solían ponerse las fechas en las cartas que se enviaban con propios ó correos singulares, para que el que los recibía pudiera certificarse de la diligencia del portador expresándose, no sólo el día, sino también la hora en que le despachaba.

de Pérsiles *y* Sigismunda, *libro á quien daré fin dentro de cuatro meses*, Deo volente; *el cual ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los entretenimientos). Y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado; que ya estará* Pérsiles *para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia. De Madrid, último de Octubre de mil seiscientos y quince.*

Criado de Vuestra Excelencia.
Miguel de Cervantes Saavedra.

PRÓLOGO [1]

¡Válame Dios, y con cuanta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo

1 El año de 1614, nueve después de haber publicado Cervantes la primera parte del Quijote, salió á luz en Tarragona la segunda, compuesta por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural se decía, de Tordesillas. El autor que quiso ocultarse bajo este nombre fué un compositor de comedias según puede conjeturarse por su prólogo. En el insulta groseramente á Cervantes, qne aquí trata de defenderse. CLEMENCÍN.

Comprometida en gran manera la reputación de Cervantes con la segunda parte del Quijote, ofrecida desde 1604, anunciada como próxima á publicarse en 1613, y en vísperas de cumplir la palabra que tenía empeñada, había por precisión de incomodarse al ver que otro autor desconocido metía la hoz en mies agena é intentaba de un modo indecoroso y brusco eclipsar su mérito. Sin embargo este incidente más que otra cosa contribuyó para que acelarara Cervantes sus trabajos, y concluyese luego su obra, como á principios de 1615 la presentó solicitando el permiso para su impresión, bien que no pudo conseguirlo hasta últimos de octubre

Don Quijote, digo de aquel, que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que le diera [1] del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.

Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, [2] como si hubiera si-

del mismo año. Triste fué la idea y bajo el concepto que formó Cervantes desde el momento del trabajo de su importuno antagonista; pero sin embargo procedió con generosidad poco común, y por lo mismo más digna de encomiarse. A los necios ultrajes é insolentes calumnias de su rival opuso la templanza y urbanidad de su prólogo, que puede ser modelo de contestaciones literarias, y las ingeniosas y festivas invectivas que entretegió con las aventuras de su héroe alusivas á la flamante historia de Avellaneda. Bastús.

1 Sospecha Clemencín que debía haberse usado en lugar del verbo *dar* el verbo *llamar* pues este y no aquel usa el mismo Cervantes en otros varios pasajes de su obra.

2 No pudo dejar de sentir nuestro autor que su rival le llamara viejo y y particularmente manco, y así desecha la nota de *viejo* diciendo que no había estado en su mano detener el curso del tiempo, y que no es-

do en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla qne libre en la fuga. Y es esto en mí de manera, que si me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza. Y háse de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

cribía con las canas sino con el entendimiento, *el cual suele mejorarse con los años*. A la nota de *manquedad* contesta con noble orgullo que se precia de ella como nacida en la más alta ocasión qne vieron ni esperan ver los siglos. Expresión que había usado ya en el prólogo de sus *Novelas*, indicando la gloriosa batalla de Lepanto, donde quedó manco de la mano izquierda, y añade que prefiere haberse hallado en aquella acción prodigiosa á verse sano de sus heridas sin haber estado en ella.

He sentido también que me llame envidioso, y que, como á ignorante, me describa qué cosa sea la envidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo, por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que de tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efecto, le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, díle de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gane tanta fa-

ma como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmación de esto, quiero que, en tu buen donaire y gracia, le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo; y fué, que hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin; y en cogiendo algún perro en la calle ó en cualquier otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba en la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota; y en teniéndole de esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo á los circunstantes (que siempre eran muchos): «¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?» ¿Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro? Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, éste, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano; y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y ahullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que, entre los perros en que descargó la carga, fué

uno un perro de un bonetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióle y sentióle su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano; y á cada palo que le daba, decía: «¡Perro ladrón! ¿á mi podenco? ¿No viste cruel, que era podenco mi perro? Y repitiendo el nombre de *podenco* muchas veces, envió al loco hecho una aleña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo de cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro; y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse á descargar la piedra, decía: «Este es podenco; ¡guarda!» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decía que eran podencos; y así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador; que no se atreverá á soltar más la losa de su ingenio en libros, que siendo malos, son más duros que las peñas. Díle también que la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me dá un ardite; que acomodándome al entremés famoso de *la Perendenga*, le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Vívame el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad,

bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas [1]; y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo [2]. Estos dos príncipes, sin que les solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y fovorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico qne si la fortuna por mi camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra, puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pues como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por

1 Tío del famoso Duque de Lerma, Cardenal Arzobispo de Toledo é Inquisidor general. Es uno de los eclesiásticos más doctos que ha tenido España. Favoreció y amparó en su vejez á nuestro Miguel de Cervantes y murió muy anciano en Madrid el año de 1618.

2 Coplas antiguas de autor desconocido, en que bajo nombres y alegorías pastoriles se satirizó el gobierno de Don Enrique IV, rey de Castilla; pero no son de tanta extensión, como al parecer indica el motivo con que las cita Cervantes.

el consiguiente favorecida. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más á ti, sino advertirte que consideres que esta *Segunda Parte de Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera; y que en ella te doy á Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados; y basta también que un hombre honrado haya dado noticias de estas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte que esperes el *Pérsiles*, que ya estoy acabando, y la *Segunda Parte de Galatea* [1].

1 El *Pérsiles* llegó á publicarse, aunque después de la muerte de Cervantes, puesto que escribió su dedicatoria el 18 de Abril de 1616, al otro día de haber recibido la extremaunción, próximo ya á morir. En esta dedicatoria volvió á hablar de la segunda parte de la *Galatea*, que se ha perdido. A los cinco días de escrita la dedicatoria del *Pérsiles* falleció su autor el 23 de Abril del referido año 1616.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, en la Segunda parte de esta historia y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su Sobrina y á su Ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible; porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el  carro de los bueyes, como se contó en la Primera parte de esta tan grande como puntual historia, en sus últi-

mos capítulos; y así, determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese; y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse á peligro de descoser los de la herida[1], que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano[2], y estaba tan seco y amojamado[3] que no parecía sino hecho de carne mómia[4]: fueron de él muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de estado y modos

1 Son los *puntos* de la herida: expresión tomada de la costumbre de coser materialmente los cirujanos los labios de las heridas cuando eran largas, para conservarlos unidos y facilitar la cicatrización; y aun solía denotarse el tamaño de las heridas por el número de puntos que necesitaba para cerrarse.

2 En Toledo se fabricaban en aquel entonces los más hermosos bonetes de lana con aguja que entonces se estilaban, y su moda no sólo era común en la península, sino que se hacían grandes remesas de ellos para el extranjero. Antes que comenzaran á usarse los bonetes para cubrirse la cabeza, solían las gentes llevar una especie de capillas más ó menos parecidas á las que llevan los franciscanos y dominicos. BASTÚS.

3 *Amojamado* es lo mismo que enjuto, seco ó descarnado, y se deriva de *mojama* que es el atún acecinado, enjuto ó falto de humedad.

4 Se llaman momias los cadáveres enjutos y sin humedad que suelen encontrarse en Egipto, fuese por los aromas con que los embalsamaban preservándolos así de la corrupción, ó porque las arenas en que los sepultaban los torbellinos que levantaba el viento en los desiertos, chupaban, ayudados del calor del sol, toda la humedad, y los dejaban enjutos y sin elementos para podrirse.

de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel. reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solón flamante[1]; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes á la plática la Sobrina y Ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosas de caballería, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera. Y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adonde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca el arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta[2]. A esto respondió Don Quijote:

1 Célebres legisladores antiguos: el primero de los lacedemonios y el segundo de los atenienses. Licurgo después de haber establecido sus leyes, hizo que sus conciudadanos jurasen observarlas hasta su vuelta y se fué á morir lejos de su patria. Solón exigió el mismo juramento; pero vuelto á los diez años de ausencia, fué testigo de la destrucción del Gobierno que había establecido y de la tiranía de Pisistrato.

2 Muy frecuentes eran las alarmas producidas en aquellos tiempos por los amagos de los turcos de abordar ó invadir algu-

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de mi prevención, de la cual su Majestad la hora de ahora debe de estar muy ajeno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí:

—Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.

Mas el Barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cual era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese, quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

—El mío, señor rapador [1], dijo Don Quijote, no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del rey, ó del reino.

nas costas ó islas pertenecientes á los reinos cristianos. Por esto á cada aviso de que la armada turca se preparaba á *bajar*, como entonces se decía, del fondo del Mediterráneo hacia nuestras costas, ocasionaban una alarma, y se activaban los preparativos de defensa, y como entonces Nápoles, Sicilia y Malta eran posesiones españolas y puntos más avanzados, por esta razón eran los primeros que se fortificaban, y nuestro monarca era el que disponía se pusiesen aquellas en estado de repeler al enemigo. Bastús.

1 Picado Don Quijote de la calificación de *impertinente* que el Barbero parecía dar á su arbitrio, le zahiere ridiculizando su oficio y profesión. Con el mismo intento le llama más adelante *rapista* y después *señor bacía.*

—Pues el mío, respondió Don Quijote, ni es imposible, ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quijote, dijo el Cura.

—No querría, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí, dijo el Barbero, doy la palabra de no decir lo que vuesa merced dijere, á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal.

—Yo abono al señor Barbero, dijo el Cura y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado [1].

—Y á vuesa merced ¿quién le fía, señor Cura? dijo Don Quijote.

—Mi profesión, respondió el Cura, que es de guardar secreto [2].

—¡Cuerpo de tal! dijo á esta sazón Don Quijote; ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la córte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España? que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco. Esténme vuesas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres,

1 Fórmula forense de que usa aquí festiva y oportunamente el Cura.

2 Alusión al sigilo sacramental que deben guardar todos los confesores.

como si todos tuvieran una sola garganta, ó fueran hechos de alfeñique[1]? Si no díganme: ¿Cuántas historias están llenas de estas maravillas? Había, en horamala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianís, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno de estos hoy viviera, y con el Turco se afrontara[2], á fe que no le arrendara la ganancia[3]. Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo. Y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay! dijo á este punto la Sobrina, que me maten si no quiere mi señor, volver á ser caballero andante. Á lo que dijo Don Quijote:

—Caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuando poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. Á esta sazón dijo el Barbero:

—Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde, me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quijote y el Cura, y los demás le prestaron atención, y él comenzó de esta manera:

1 *Alfeñique* es lo mismo que delicado, ó hecho con la pasta dulce y fina que lleva este nombre.

2 Verbo hermoso y significativo, poco usado y muy digno de serlo. Clemencín.

3 Pudiera parecer que Belianís ó alguno de los otros caballeros descendientes de Amadís de Gaula era el sujeto de *arrendara;* para la debida claridad estuviera mejor (y así estuvo quizá en el original de Cervantes) *no le arrendara* yo *la ganancia.*

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre, á quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio. Era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo, y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que el Licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparataba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellán fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían, porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos, y que el mayor contrario que su

desgracia tenía, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos, ponían dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellán se determinó á llevársele consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el Licenciado. Volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle. Obedeció el retor, viendo ser orden del arzobispo. Pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco [1], suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes. Y llegado el Licenciado á una jaula donde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo:

—Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande es-

1 Ingeniosa antítesis de Cervantes: *desnudo de loco* por contraposición á *vestido de cuerdo* quiere decir sin aquellos harapos, ó sin aquellos trajes que durante su *curación* suelen llevar los locos en los hospitales. Clemencín.

peranza y confianza en Él; que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á Él, si en él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire. Esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.

Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El Licenciado respondió:

—Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.

—Mirad lo que decís, Licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta.

—Yo sé que estoy bueno, replicó el Licenciado, y no habrá para que tornar á andar estaciones.

—¿Vos, bueno? dijo el loco. Ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de él por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar, y destruir al mundo? Pero

con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo y yo atado[1]? Así pienso llover como pensar ahorcarme.

Á las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantesa tentos; pero nuestro Licenciado, volviéndose á nuestro capellán, y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. Á lo que respondió el capellán:

—Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter. Vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.

Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán. Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento.

—¿Pues este es el cuento, señor Barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo[2]! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de

1 Bellísimo ejemplo de antítesis.

2 Ciegos son, en efecto, ó muy cortos de vista los que no ven cuando los obstáculos para ver son tan pequeños como los que ofrece la interposición de una tela de cedazo. Don Quijote daba á entender al Barbero que le entendía.

hermosura á hermosura y de linaje á linaje, son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo. Sólo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crugen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies á la cabeza; ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que saliendo de este bosque, entre en aquella montaña, y de allí pase una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en

bronces. Mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro de los andantes caballeros. Si no, díganme: ¿Quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galante que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que D. Belianís? ¿Quién más intrépido que Perion de Gaula? ¿Ó quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ¿Ó quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que D. Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán? ¿Y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quién descienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su *Cosmografía* [1]? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor Cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. De estos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán de ella; y si Júpiter, como ha dicho el Barbe-

1 Ni se atribuyó jamás á Turpín obra de tal título, ni en libro que lleve este título cabe tratar de genealogías. Don Quijote deliraba, y Cervantes, queriendo pintar más y más el desbarate del celebro de su protagonista, le hace alegar como prueba de lo que dice la autoridad de Turpín, que pasa por el prototipo de los embusteros.

ro, no lloviere, aquí estoy yo que lloveré cuando se me antojare. Digo esto, porque sepa el señor bacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote, dijo el Barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé. Á esto dijo el Cura:

—Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más graves, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que toda esta ficción, fábula y mentira, son sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad, la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví

á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira. Y del modo que he delineado á Amadís, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.

—Qué, ¿tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el Barbero, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliat, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la simetría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió ser muy alto; y muéveme á ser de este parecer, hallar en la historia, donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es, dijo el Cura, el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía

acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de Don Roldán, y de los démás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y gente perdida. De Roldán, ó Rotolando, ú Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño [1], velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fué Roldán más gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el Cura, no fué maravilla que la señora Angélica le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener el morillo barbiponiente [2], á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar [3] antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldán.

—Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. En esto oyeron que el Ama y la Sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

1 Esto es de *barba rubia*, porque *taheño* es lo mismo que rubio. Opinan algunos que debiera decir *barbizaheño* y entonces equivaldría á barba desaliñada, espesa y erizada.

2 Se llama *barbiponiente* y también *barbilucio* al joven á quien apunta el bozo y empieza á echar barbas.

3 Voz anticuada. Aquí significa amar apasionadamente.

CAPITULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia [1] que las voces que oyeron D. Quijote, el Cura y el Barbero, eran de la Sobrina y Ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendían [2] la puerta:

—¿Qué quiere este mostrenco [3] en esta casa? Idos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió:

—Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo. El me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula, que hasta ahora la espero.

—¿Y qué son ínsulas? dijo la Sobrina; ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres [4]?

1 Fórmula para empezar á contar, tomada al parecer de los árabes, que así la usaron en sus historias, y muy frecuente en nuestras antiguas crónicas, que la hubieron de tomar de los árabes.

2 Esto es, le *prohibían,* pues este es el significado que aqui se da al verbo *defender.*

3 El que no tiene casa ni hogar, ni señor ó amo conocido; el ignorante ó tardo en discurrir ó aprender.

4 Italianismo fácil de cometerse por Cervantes, como tan versado en la lengua y libros italianos.

—No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar, y regir mejor que cuatro ciudades y cuatro alcaldes de corte [1].

—Con todo eso, dijo el Ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares [2], y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.

Grande gusto recibían el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso de que Sancho se descosiese y desbuchase [3] algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarían bien á su crédito, le llamó é hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos y cuán embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías. Y así dijo el Cura al Barbero:

—Vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera [4].

—No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero

1 Lenguaje algo embrollado, como de quien estaba forcejando y no podía atender mucho á lo que decía. Lo que Sancho quiso decir fué que el gobierno de la ínsula era preferible al de cuatro ciudades, y el oficio de gobernador de ella al de cuatro alcaldes de corte juntos. Clemencín.

2 *Pegujares* ó *pehujares* son porciones cortas de hacienda cuales suelen ser las que labran los vecinos poco acomodados de los lugares y aldeas, á quienes por esto se da el nombre de *pehujareros*,

3 Hoy se dice desembuchar.

4 Es decir, que el día menos pensado volvería á sus andanzas y á la vida vagante de los aventureros.

como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie, dijo el Cura, y estemos á la mira, veremos en lo que pára esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa [1], y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valdrían un ardite.

—Así es, dijo el Barbero, y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos.

—Yo aseguro, respondió el Cura, que la Sobrina ó el Ama nos lo cuentan después, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solo le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuímos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos. Si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón, respondió Sancho, porque, según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias que á sus escuderos.

1 Es decir, tan parecidos el uno al otro como si hubieran sido vaciados en un mismo molde. Dióse el nombre de turquesa á un molde de bronce en el que se vaciaban ó con el que se construían los *bodoques*, especie de bolos ó bolas de barro endurecidas al aire del tamaño de una bala de mosquete y que se arrojaban con las ballestas llamadas *bodoques*.

—Engáñaste Sancho, dijo Don Quijote, según aquello: *quando caput dolet*, etc.

—No entiendo otra lengua que la mía, respondió Sancho.

—Quiero decir, dijo Don Quijote, que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen; y así siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado, y por esta razón el mal que á mí me toca ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo.

—Así había de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban, como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse de ellos.

—¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolía yo cuando á ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y díme, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿Qué de mis hazañas, y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente ú otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas,

Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades seríau tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usanes la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bienintencionadamente [1] pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegó á mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote, bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* [2], y se ha arremetido á caballero con

1 Adverbio de poco ó ningún uso, que significa lo mismo que con buena intención. Es palabra compuesta de tres á saber: *bien*, *intencionada* y *mente*.

2 El tratamiento de *Don*, antepuesto al nombre propio, es de dignidad y de honor, como lo indica el origen de la misma palabra, que vino del latino *Dominus*, el Señor, y en los tiempos inmediatamente anteriores á la formación de nuestro idioma actual solia decirse y escribirse, *Domnus*. Así que en los principios del idioma se daba tratamiento de *Don* á los Reyes, á los Próceres y á los Obispos; y en las poesías primitivas lo vemos también atribuido á los santos y aun á las deidades del paganismo. Gonzalo de Berceo empezó así la vida de Santo Domingo de Silos:

En el nombre del Padre que fizo toda cosa,
Et de Don Jesucristo, fijo de la Gloriosa.

cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querían que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos [1] y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado; roto bien podría ser, y si roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen, loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas que ni á vuesa merced ni á mí, nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de am-

El Arcipreste de Hita pone entre otras fábulas la de *Las Ranas pidiendo Rey* que dice:

> *Las ranas en un lago cantaban et jugaban,*
> *Pidieron Rey á Don Júpiter, mucho ze lo rogaban.*

Clemencín.

En la nota 4 de la página 58, tomo I queda dicho el abuso que del *Don* se introdujo y como eran los judíos los que más alardeaban de dicho tratamiento.

1 En lugar del lustre, que entonces no se conocía, se daba á los zapatos con humo de imprenta desleído en un poco de agua, aceite ó clara de huevo. Entonces lo hacían los pobres más que los ricos, hoy lo hacen pobres y ricos y aún más estos que aquellos.

bicioso, y algún tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres [1]. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho [2]. De Hércules [3], el

1 Lejos de convenir Suetonio, historiador de César con lo que de él dice D. Quijote, lo tacha de petimetre y prolijo en el adorno de su persona.

2 Son bien conocidos los excesos de Alejandro en el vino, y los desaciertos á que este vicio le arrebató en varias ocasiones. En una de ellas mató por su mano á Clito, uno de sus mejores oficiales, que en la batalla del Granico le habia salvado la vida. Quinto Curcio cuenta la desesperación de Alejandro, cuando vuelto en sí reconoció su yerro, y quiso matarse con la misma pica con que había muerto á Clito. CLEMENCÍN.

3 El nombre de Hércules fué común á muchos héroes de la antigüedad, célebres todos por su valor. Sin embargo el Hércules más conocido fué el que veneraban los griegos y romanos. Su nacimiento fué acompañado, según la Mitología, de muchos fenómenos que anunciaban su gloria. Cuando aun estaba en la cuna destrozó con sus manos dos serpientes que la diosa Juno le había enviado para que le devorasen. Siendo ya grande se presentó á Euristeo, bajo cuyas órdenes debía emprender sus combates y sus trabajos. Euristeo, suscitado por Juno, le mandó las cosas más duras y más difíciles, que son las que se llaman los trabajos ó hazañas de Hércules. El 1.º de estos fué el combate contra el león Nemeo, que ahogo entre sus brazos, y cuya piel fué el más hermoso adorno de Hércules en todo el resto de su vida. 2.º El combate y muerte de la hidra de Lerma, que tenia siete cabezas. En el 3.º cogió el jabalí de Erimanto. En el 4.º alcanzó corriendo y mató una cierva que tenía cuernos de oro y pies de bronce. En el 5.º mató á flechazos y libró la Arcadia de los pájaros del lago Estimpalo. En el 6.º domó el toro de la isla de Creta enviado por Neptuno contra Minos. En el 7.º robó los caballos de Diómedes, y le castigó porque los alimentaba con carne humana. En el 8.º venció las Amazonas y se llevó su reina. En el 9.º limpió los establos de Augías. En el 10.º combatió con Gerión y le robó sus bueyes. En el 11.º se llevó las manzanas de oro del jardín de Hespérides, después de haber muerto al dragón que las guardaba, y en el 12.º sacó á Teseo de los infiernos, encade-

de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hérmano de Amadís de Gaula, se murmurába que fué más que demasiadamente rijoso y su hermano que fué llorón. Así que, oh Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías como no sean más de las que has dicho.

—Ahí está el toque, cuerpo de mi padre [1], replicó Sancho.

—¿Pues hay más? preguntó Don Quijote.

—Aun la cola falta por desollar [2], dijo Sancho. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber que hay acerca de las caloñas [3] que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas sin que les falte una miaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho bachiller; y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la his-

nando antes al can Cervero. A más de estas se le atribuyen otras acciones memorables entre las que se cuenta la separación de las dos montañas de Ávila y Calpe, para poner en comunicación el Océano con el Mediterráneo, llamadas columnas de Hércules, hecho que algunos remontan al año 1200 antes de Jesucristo.

1 ¡Cuerpo de mi padre! ¡Mi padre! etc. Especie de exclamaciones que no forman oración ni sentido gramatical, y pueden considerarse como interjecciones compuestas. Suelen expresar algún movimiento de irritación ó impaciencia y son frecuentes en nuestro lenguaje familiar.

2 Refrán con que denotamos que para el logro y consecución de alguna cosa resta mucho que hacer, y aun lo más peligroso y difícil. Aqui está usado en el sentido de *aun falta lo peor*.

3 Palabra anticuada que significa *calumnia*; pero que en nuestros libros antiguos no tiene siempre la misma significación porque unas veces es *acriminación falsa*, otras la pena de este delito, que solía ser pecuniaria, otras *querella, acusación ó cargo*, que es lo que significa en el texto. CLEMENCÍN.

toria de vuesa merced, con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espanto como las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y ¡cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador; pues, según dice el Bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.

—Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobre nombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

—Bien podría ser, replicó Sancho; mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho. Y dejando á su señor se fué á buscar al Bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco.

Pensativo además quedó Don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada [1] la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algún sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habría dado á la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decía entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron. Y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua [2], alta, insigne, magnífica y verdadera. Con eso se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad al-

1 Distínguese aquí entre la *cuchilla* y la *espada* como entre la parte y el todo. *Cuchilla* es la hoja, y la *espada* comprende también la armadura.

2 Lo mismo que en estilo elevado pomposo, altisonante.

guna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas [1]. Y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo [2], aunque muy gran socarrón, de color macilento, pero de muy buen entendimiento. Tendría hasta veinticuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas, de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á Don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas, diciéndole:

—Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro [3] que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aún habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir del arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar Don Quijote, y dijo:

1 En el día entendemos por *quimerista* lo mismo que por *pendenciero*.

2 Consta de la Sagrada Escritura que Sansón tenía grandes fuerzas, pero no que tuviese grande estatura, según da á entender la expresión del texto,

3 Era esta una de las formulas de aseverar y casi jurar usadas en tiempos de Cervantes. El *habito de S. Pedro* es el vestido del clero secular, usado por los escolares en aquel siglo, y aun en el nuestro, y ni ahora ni entonces fué necesario tener órdenes sagradas para llevarlo.

—De esa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia. Si nó dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso: y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca [1].

—Una de las cosas, dijo á esta sazón Don Quijote, que más debe dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre, por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.

—Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el Bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el

1 Y así sucedió en efecto, pues quizás no haya idioma en el que esta original producción de Cervantes no se halle traducida. Las repetidas ediciones que de ella se han hecho en dondequiera se haya llegado á conocer, son una prueba convincente é incontestable de su sobresaliente mérito. Desde que se publicó por primera vez la primera parte del Quijote en Madrid por Juan de la Cuesta en 1605, y la segunda por el mismo impresor en 1615, son innumerables las ediciones que de la obra se hicieron en varios puntos de la monarquía. En efecto, publicóse en Valencia, Barcelona, Amberes, Milán, Lisboa, etc., y en el dia serán bien pocas las ciudades en donde no se hayan hecho repetidas ediciones de esta obra clásica, ó mejor dicho, única en su género. El Sr. Navarrete en la *Noticia bibliográfica de algunas ediciones y traducciones del Quijote*, hace mención de nueve traducciones francesas, once idem inglesas, varias italianas, holandesas, alemanas y portuguesas, una en latín, otra en lengua danesa y algunas en sueco y ruso.

cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas. Respondió Don Quijote:

—Pero dígame vuesa merced, señor Bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes gustos. Unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todos se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos monjes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor Bachiller, dijo á esta sazón Sancho: ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero. Todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas, que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aún más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les

hubiera olvidado á los autores de ella algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Qüijote.

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote, pues las acciones, que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para que escribirlas si han de redundar en menosprecio del héroe de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero [1].

—Así es, replicó Sansón, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador. El poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir, no como debían ser sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.

—Pues si es que anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomaran á mí de todo el cuerpo; pero no

1 Alude aquí á lo que en el Orlando furioso escribe Ariosto en estos versos:

Non si pietoso ne forte Achille
Fu come é fama ne si fiero Ettore...
Non fu si santo ne benigno Augusto
Come la tuba di Virgilio suona.

que el capitán Urrea tradujo en estos otros;

No tan piadoso Eneas, no Aquiles fuerte
Fué, como es fama; ni Héctor así fiero...
No fué así santo ni benigno Augustó
Como la trompa de Virgilio suena.

hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarrón sois, Sancho, respondió Don Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla.

—Cuando yo quisiere olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirían los cardenales, que aun se están frescos en las costillas.

—Callad, Sancho, dijo Don Quijote, y no interrumpáis al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que yo soy uno delos principales presonajes de ella.

—Personajes que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sansón.

—¡Otro reprochador de voquibles tenemos! dijo Sancho; pues ándese á eso, y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia. y aún hay tal que precia más oiros hablar á vos que al más pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvisteis demasiadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor Don Quijote, que está presente.

—Aun hay sol en las bardas [1], dijo Don Quijote, y

1 Locución con que damos á entender que aun hay tiempo y no debe perderse la esperanza de conseguir alguna cosa. Está tomada de cuando al ponerse el sol por las tardes, sus rayos, levantándose progresivamente, van dando sólo en los puntos elevados.

mientras más fuera entrado en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está ahora.

—Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los de Matusalén. El daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.

—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que todo se hará bien y quizá mejor de lo que vos pensáis, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—Así es verdad, dijo Sansón, que si Dios quiere no faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una.

—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos más manuales, que los que gobiernan ínsulas por lo menos han de saber gramática.

—Con la grama bien me avendría yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo. Pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde más de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfaden las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habían de oir los sordos.

—Eso fuera hacer milagros, respondió Sansón.

—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire como habla ó cómo escribe de las presonas á troche moche lo primero que le viene al magín [1].

—Yo apostaré, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador que á tiento y sin algún discurso se puso á escribirla salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor, de Ubeda, el cual preguntándole qué pintaba, respondió: Lo que saliere. Tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á el: *Este es gallo*; y así debe ser mi historia que tendrá necesidad de mi comento para entenderla.

—Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella. Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída, y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante.» Y los que más se han dado á su lectura son los pajes. No hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote; unos le toman si otros le dejan; estos le prestan y otros le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico.

—Á escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores

1 *Magín* por *imaginación* palabra estropeada por gente rústica, como igualmente la de *presona* que acaba de decir Sancho.

que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa [1]. Y no sé yo qué le movió al autor á valerse de cuentos ajenos, habiendo tanto què escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno,» etc. Pues en verdad; que con sólo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acontecimientos, pudieran hacer un volúmen mayor ó tan grande que [2] el que pueden hacer todas las obras del Tostado [3]. En efecto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires, es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el

1 La Partida VII, hablando de los que hacen moneda falsa, dice lo siguiente: *Et porque de tal falsedat como esta viene muy grant daño á todo el pueblo, mandamos que cualquier home que ficiese falsa moneda de ors ó de plata ó de otro metal cualquier, que sea quemado por ello.*

2 No se dice *tan grande que* sino *tan grande como;* ni se dice *mayor como* sino *moyor que.*

3 La comparación con las obras del Tostado es de uso general en España para denotar los libros abultados. Constan las obras de este sabio y célebre escritor español de 24 tomos voluminosos á más de otras composiciones sueltas que escribió sobre varias materias con admiración universal en el corto periodo de su vida. El *Tostado* nombre que se da comunmente á D. Alonso de Madrigal, nació en 1414, hizo sus brillantes estudios en Salamanca, y fué tenido por el hombre más docto y el escritor más laborioso de su siglo. Asistió al Concilio general de Basilea y poco después fué promovido al Obispado de Avila en donde prematuramente murió el año de 1454. Sobre su sepulcro se puso la siguiente inscripción, que en pocas palabras hace su más completa apología:

Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne.

que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad: pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fueran buñuelos.

—No hay libro tan malo, dijo el Bachiller, que no tenga algo de bueno.

—No hay duda en eso; replicó Don Quijote, pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo.

—La causa de eso, es, dijo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican.

—Todo esto es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco, pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus* [1], conside-

[1] Hemistianio de Horacio en su epístola á los Pisones, que suele aplicarse á las imperfecciones de los grandes escritores. Cer-

ren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese. Y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene. Y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que lo leyeren.

—El que de mi trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.

—Antes al revés, que como *stultorum infinitus est numerus* [1], infinitos son los que han gustado de la tal historia. Y algunos han puesto falta y dolo en memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fué el ladrón que robó el Rucio á Sancho, que allí no lo declara, y sólo se infiere de lo escrito que se lo hurtaron [2]; y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido. También dicen que se le olvidó poner lo que hizo Sancho de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo de ellos ó en qué los gastó, que es uno de los

vantes lo copió mal, porque debió poner: *Quandoque bonus dormitat Homerus*, de otro modo falta la medida al verso.

1 Con este texto que es del libro del *Eclesiastés*, cap. 1, 15, trata el Bachiller de tontos á los que gustan del Quijote; y esto es bufonada de Carrasco ó modestia de Cervantes.

2 Este pasaje es uno de los que prueban que Cervantes no revisó su obra, según han observado algunos; pues en dos lugares de la parte primera, que es la censurada aquí por el Bachiller Sansón Carrasco, dice que el ladrón que robó el asno á Sancho Panza, fué Ginés de Pasamonte. Pellicer. Lo que allí no se refiere es el modo con que le hurtó; que fué el que dice Sancho en el capítulo que sigue á este.

puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió:

—Yo señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que sino le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía. En casa lo tengo, mi oislo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él.

Tuvo el Bachiller el envite [1], quedóse; añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías siguióle el humor á Carrasco, acabóse el banquete. Durmieron la siesta, volvió Sancho y renovóse la plática pasada.

1 Metáfora tomada del juego. Lo que sigue es un hermoso ejemplo de narración rápida, y no es el único que ofrece el Quijote.

CAPÍTULO IV

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y contarse.

Volvió Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo:

—A lo qué el señor Sansón dijo que deseaba saber quién [1], ó cómo, ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despnés de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos en una espesura, adonde mi señor, arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma. Especialmente yo dormí con tan pesado sueño que quienqniera que fué tuvo lugar á sorprenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mi rucio sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, dijo Don Quijote, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo sucedió á Sacripante,

1 La pregunta a que Sancho trataba de responder, no se expresó del todo bien; debió decirse, añadiendo la preposición *por* al *quien; por quien ó cómo ó cuándo* se me hurtó el jumento. Pudo también decirse suprimiendo el *se: quien, cómo ó cuando me hurtó el jumento.* CLEMENCÍN.

cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

—Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido cuando, faltando las estacas dí conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento y no lo ví. Acudieron lágrimas á los ojos é hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio.

—A eso, dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.

—Así es sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshiciéronse, respondió Sancho; yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido la causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carrreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin jumento á mi casa, negra ventura me esperaba: y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aun-

que no se tasaran sino á cuatro maravedís cada uno con otros cien escudos no había para pagarme la mitad: y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios lo hizo, y aún peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de avisar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esta leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y ¿por ventura, dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte?

—Sí promete, respondió Sansón; pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene; y así estamos en duda si saldrá ó no. Y así por esto como porque algunos dicen, «nunca segundas partes fueron buenas», y otros, «de las cosas de Don Quijote bastan las escritas,» se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: vengan más quijotadas, embista Don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos.

—Y ¿á qué se atiene el autor? respondió Don Quijote.

—¿A qué? respondió Sansón. En hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla

será que acierte, porque no habrá sino harbar, harbar [1], como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte sino ciento. Debe pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es que, si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero [2], y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por que parte comenzaría su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón y á la ciudad de Zaragoza, adonde se habían de hacer unas solemnísimas justas por las fies-

1 Lo mismo que hacer la cosa con precipitación ó menos tiempo del necesario para que salga cual corresponde.

2 Desde los relinchos del caballo de Darío, que le valieron la corona de Persia, y los del de Dionisio el Tirano, que le anunciaron la de Siracusa, los agoreros y superticiosos tuvieron pretextos de considerar como importante y profético el lenguaje de los caballos; y no fué extraño que á ejemplo suyo, nuestro D. Quijote interpretase favorablemente las sonoras y ruidosas interjecciones de Rocinante, que probablemente sólo indicarían la vaciedad del pesebre, y su deseo de que se repusiese el fenecido pienso. CLEMENCÍN.

tas de San Jorge [1], en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle su honradísima y valentísima determinación, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

—De eso es de lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas [2]. Cuerpo del mundo, señor Bachiller: sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *Santiago, y cierra, España* [3]. Y más que yo he oído decir (y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo,) que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la ocasión pide otra cosa; que sobre todo, aviso á mi señor que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo bailaré el agua delante [4]; pero pensar que tengo de poner mano á la es-

1 Desde la batalla de Alcaráz, junto á Huesca, que el Rey D. Pedro de Aragón, ganó á los moros el año 1096, y de cuyas resultas se le rindió aquella plaza, se miró á S. Jorge como patrón de la caballería de Aragón.

2 Dulces ó alfeñiques.

3 Proverbio militar de que usaban los españoles al entrar en las batallas y quiere decir: *acomete, oh España, en nombre de tu patrón Santiago.*

4 Esto es; *le serviré con esmero y diligencia.*

pada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante: y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y cuando me la diere, nacido como cualquiera soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro [1], sino de Dios: y más que tan bien, y aun quizá mejor, me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador; y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas á buenas sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula ú otra cosa semejante no soy tan necio que la desechase, que también se dice: cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla, y cuando viene el bien, mételo en tu casa.

—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.

—Tanto es lo de más como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, que no echaría mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo me he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.

1 Expresion antigua que equivale á *en fe, en confianza.*

—Mirad, Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador, no conocieseis ni á vuestra propia madre.

—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos como yo los tengo. No, sino llegaos á mi condición que sabrá usar desagradecimiento con alguno.

—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le traigo entre los ojos.

Dicho esto, rogó al Bachiller, que si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que, con todos los versos juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso [1].

El Bachiller respondió que puesto que él no era de los famosos poetas que había en España (que decían que no eran sino tres y medio) [2] que no dejaría de com-

1 Los versos que D. Quijote pidió al bachiller son de los que se llaman *acrosticos*, cuyos primeros ensayos suponen algunos se hicieron á principios del siglo IV por el poeta latino Porfirio Optaciano. En las siete partidas tenemos quizás el primer ejemplo de este linaje de composiciones en España. Las primeras letras reunidas de cada una de las siete partidas son las siete que componen el nombre de Alfonso, que es el de su augusto autor. BASTÚS.

2 Los *tres* y *medio* poetas de que habla el Bachiller, opinó el Sr. Mayans en la vida que escribió de Cervantes, eran Ercilla autor de la *Araucana*, Juna Rufo, de la *Austriadá*, y Virues, del *Monserrate*, creyendo que con el dictado de *medio* poeta se quiso Cervantes señalar á sí mismo.

poner los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenía el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco, á quien unidas de dos en dos llaman décimas [1], ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso, procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso.

—Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote, que si allí no vá el nombre patente y de manifiesto no hay mujer que no crea que para ella se hicieron los metros.

Quedaron en esto, y en que la partida sería de allí á ocho días. Encargó D. Quijote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y á Maese Nicolás, y á su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando á Don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad; y así se despidieron y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.

1 Los versos llamados *decimas* fueron inventados por el célebre poeta español Vicente Espinel que nació en Ronda en 1544. Del nombre de su inventor se les llamó también *espinelas*.

CAPÍTULO V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza y otros sucesos de felice recordación.

Llegando á escribir el traductor de esta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles que no tiene por posible que él las supiese, pero no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debía, y así prosiguió diciendo: Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto, que la obligó á preguntarle:

—¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís? A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir con eso de que os holgarades, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta [1] no sé yo quien recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de volver á servir á mi amo D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él por-

1 Lo mismo que aunque tonta.

que lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca costa y con no más quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, que la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte. Así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho, replicó Teresa, después que os hicisteis miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el Rucio, de manera que esté para armas tomar. Dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias [1], porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros [2]; y aún todo esto fueran flores de cantueso [3] si no tuviéra-

1 Ordinariamente se dice del aparato de las embarcaciones: Sancho lo aplica aquí al de su asno.

2 Quiere demostrar aquí Sancho lo expuesto que era salir como iba á hacerlo en compañía de un caballero andante, puesto que el silbar es propio de culebras, el rugir de leones, el bramar de los toros y se llama baladrar cierto sonido que á lo extraordinario une lo pavoroso y espantable. El baladro que se deriva de *latro* se aplicaba unas veces á los gigantes y otras á las bestias fieras y monstruosas.

3 Lo mismo que cosas de poca entidad, frioleras. Equivale á la expresión *tortas y pan pintado*.

mos que entender con yangüeses ó con moros encantados.

—Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta malaventura.

—Yo os digo, mujer respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío, dijo Teresa, viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y nada te inquieten cuantos gobiernos hay en el mundo. Sin gobierno saliste del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ú os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya á la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia [1]. Mirad también que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.

—A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me lleva á tener algo que [2] de gobierno, tengo de casar, mu-

1 Esto es, hecho clérigo.

2 *Algo que*, modismo tomado del habla familiar castellana.

jer mía, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino llamarla señoría.

—Eso no, Sancho, respondió Teresa; casadla con su igual, que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda [1], y de una Marica y un tú, á una doña tal y sañoría, no se ha de hallar la muchacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refrán que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo, ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiera como nueva, hartándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis días, marido, ¡para eso por cierto he criado yo á mi hija! Traed vos dine-

Quiere decir *si llego á tener algún gobierno aunque no sea de los más pingües y lucrativos,* tengo etc.

1 *Zuecos,* calzado de madera usado por la gente pobre, especialmente en los países de muchas nieves y hielos.—*Chapín* por el contrario era un calzado fino usado por las señoras y mujeres principales: tenía las suelas de corcho y servía para defender de la humedad y para aumentar la estatura.—*Saya parda de catorceno*: saya del color de la lana y de paño basto y muy común para la gente ordinaria.—*El verdugado:* era una saya á manera de campana, llamada también por su figura *pollera.*—*Saboyana,* traje señoril, cuyo uso, como su nombre lo indica, vino de Saboya á España.

ros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que aquí está Lope Tocho [1], el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la muchacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, á donde ni á ella la entiendan ni se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿porqué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos, que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos. Dejémonos llevar de este viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor de esta historia que tenía por apócrifo este capítulo).

¿No te parece animalia [2], prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo [3], y casar á Mari-Sancha con quien yo quisiere... y verás como te llaman á ti doña Teresa Panza y te sientas en la iglesia sobre alca-

1 Nombre aldeano y ridículo porque tocho es lo mismo que *fatuo*, *zoquete*.

2 Voz anticuada; significa lo mismo que animal.

3 *Sacar el pie de lodo* es sacar de apuros, sacar del estado de obscuridad y estrechez al de prosperidad y fortuna.

tifa, almohadas ó arambeles [1] á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar como figura de paramento, y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa. Pues con todo eso temo que ese condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamento; Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas. Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van leyes do quieren reyes; y con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima, que pese tanto que no lo pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad que entonada va la pazpuerca; ayer no se cansaba de estirar de un copo de estopa, é iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo; y entonaos á vuestro gusto, que mi hija ni yo,

1 *Alcatifas* son alfombras, *arambeles* tapices, *arequives ó requives* guarniciones ó adornos de los vestidos.

por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; yo no sé por cierto quien le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni agüelos.

—Ahora digo yo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo [1]. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tienen que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha): si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos como se quiso ir la infanta doña Urraca [2], tendrías razón de no venir con mi

1 *Familiar*, según las preocupaciones vulgares, muy comunes en otros tiempos, era nombre que se daba al demonio con cuyo auxilio creía el vulgo que ciertas personas hacían cosas extraordinarias superiores al alcance y conocimiento de los demás hombres.

2 Alusión al despecho de D.ª Urraca cuando supo que su padre D. Fernando I de Castilla al repartir sus estados entre sus hijos no le dejaba nada á ella. De ello hacen mención nuestros romances castellanos. El incluído en la colección de Pedro de Flores dice:

Acabando el Rey Fernando
de distribuir sus tierras,
por la sala, triste y sola,
de negro luto cubierta,
la olvidada infanta Urraca,
vertiendo lágrimas entra.
Delante su padre el Rey

gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto [1] un don y una señoría á cuestas y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de almohadas de velludo [2] que tuvieron todos en su linaje los Almohades de Marruecos [3], ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

de hinojos ante la cama,
las manos le pide y besa.
En traje de peregrina
partiré, más faced cuenta,
sin razón y sin facienda.
Si tierras no me dejáis,
yo me iré á las ajenas.

1 *Chantar*, voz familiar anticuada es lo mismo que plantar ó poner. En tas palabras siguientes: *y te la saco de los rastrojos*, alude Sancho á la costumbre de ir las mujeres pobres á espigar en los rastros de la siega.—*Poner un toldo y peana* es ponerla en un lugar distinguido y de elevacion.

2 O cogines de felpa o terciopelo. En España los estrados se adornaron por mucho tiempo á la morisca, esto es, cubierto el suelo con ricas alfómbras ó alcatifas y por su alrededor mullidos almohadones ó cojines de seda, felpa, terciopelo ó velludo de diversos colores. Luego inventáronse los taburetes, que no fueron más en principio que los cojines puestos sobre una especie de banquillos, y últimamente los franceses introdujeron las sillas. BASTÚS.

3 En 1149 Tomrut, jefe de sectarios rebeldes de África, despues de muchos combates se apoderó de Fez y Marruecos, y exterminados los vencidos fundó una nueva dinastía con el nombre de *Almohades*. Asegurados estos en el trono, pensaron reconquistar la España y en poco tiempo dos reyes de esta familia llamados Jacob ó Jucef pasaron el mar con ejércitos poderosos: el primero fué derrotado por los portugueses, y murió de tristeza: el segundo venció á los castellanos, obligándoles á hacer una tregua, y reinó en Córdoba. El último de esta dinastía fué Aben-Hut, contra quien marchó el santo Rey D. Fernando III de Castilla con

—¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa. Por el refrán que dice: Quien te cubre te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor pensar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.

—Mira Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte; quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida: y yo ahora no hablo de mío, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador, que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando. se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:

—De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona; la cual ignominia, ahora

un poderoso ejército, le obligo á huir y conquistó la ciudad y reino de Córdoba en el año 1236, dando fin á la raza de los *Almohades*, la que en tiempo de su antecesor Mahomet-el-Naser, llamado el *Verde*, de resultas de la memorable batalla de las Navas de Tolosa, había perdido ya el reino de Marruecos. Aben-Hut refugiado en Almería fué ahogado en un baño por el gobernador de aquella ciudad. ID.

sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó, no es, y sólo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre á la alteza de su prosperidad), fuere bien criado, liberal y cortés con todos y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencie lo que es, sino fueren los envidiosos de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas, y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.

—No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis persuadido en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como palmito [1].

1 Planta silvestre comun en nuestras costas del Mediterráneo cuyo cogollo está revestido de muchas pencas sumamente apretadas entre sí, y envueltas tambien en varios tejidos reticulares

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes á los maridos aunque sean unos perros. Y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló, diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y al otro día Sancho volvió á ver á Don Quijote para dar orden en su partida.

y fuertes, de manera que cuesta considerable trabajo y tiempo llegará descubrir el cogollo: este es dulce y se come; de las extremidades de las hojas, después de secas, se hacen las escobas de palma. La comparación es significativa y oportunísima para quien haya visto un palmito, pero dificulto, dice Clemencín, que lo hubiese visto Teresa: usaría de la comparacion como proverbial.

CAPÍTULO VI

De lo que pasó á Don Quijote con su Sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto [1] y majar en hierro frío [2]. Con todo esto, entre otras muchas razones que al otro día con él pasaron, le dijo el Ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dice que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que pongan remedio en ello.

A lo que respondió Don Quijote:

1 Expresión proverbial que alude á lo de *vox clamantis in deserto* del Evangelio de donde hubo de tomarse. Es el *surdis canere* de los latinos.

2 Otra expresión proverbial que significa trabajar inútilmente, como lo sería lavar á un negro, de donde los latinos explicaron el mismo pensamiento con la expresión de *œtiopem lavare.*

—Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad, tampoco; y sólo sé que si yo fuera Rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan; que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos y á responder á todos; y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el Ama:

—Díganos, señor, ¿en la córte de su Majestad no hay caballeros?

—Sí, respondió Don Quijote y muchos; y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentación de la Majestad real.

—Pues ¿no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su Rey y señor estándose en la Corte?

—Mira, amiga, respondió Don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes; de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, vá mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados sino en su mismo ser; y en todo trance y en toda ocasión los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la es-

pada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir ó hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias de este jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes y yo sí. Y has de saber más: que al buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con la cabeza no sólo tocan, sino pasan los nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trajesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas[1] con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, Ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase más esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mío, dijo á esta sazón la Sobrina! Advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caba-

1 Porras ó clavas es lo mismo y se reduce á un palo de unos cuatro ó cinco palmos de largo, que desde la empuñadura va engrosando y termina en una especie de cabeza llena de eminencias ó puntas. Ha sido quizás una de las primeras armas usadas por los hombres.

lleros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que á cada una se le echase un sambenito [1], ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—A fé, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¡Como! ¿qué es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y además grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien de ello, que no todos son corteses ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan, ó con la ambición, ó con la virtud, éstos se abajan, ó con la flojedad, ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento

1 Nombre del traje que se ponía á los penitenciados por el Santo Oficio. Era una especie de capotillo ó escapulario de lana amarilla con una cruz encarnada en forma de aspa. Según Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana,* es abreviatura de *saco bendito,* y se llamó así por el saco ó cilicio bendito que en la antigua iglesia solían dar los Obispos á los penitentes.

discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones.

—¡Válame Dios! dijo la Sobrina. ¿Qué sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé con una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razon, Sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote, y cosas te pudiera yo decir acerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas; á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que, aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo disminuído y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los más, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa Oto-

mana [1], que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que le vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones [2] y Tolomeos de Egipto [3], los Césares de Roma [4] con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y

1 La fundó *Otmán* ú *Otomán* que de símple pastor, ó bandolero según algunos, llegó á ser por los años 1300 el emperador del imperio que de él tomó el nombre de Otomano. Llámase también este imperio Puerta Otomana. El origen viene de que entre los orientales se acostumbraba llamar puerta á los palacios, por ser las puertas las que ellos se esmeraban en adornar con todo el lujo posible, pues en estas y sus vestíbulos era en donde recibían los pasajeros daban las audiencias los magistrados, se ejercía la hospitalidad, de lo que tenemos ejemplos en muchos lugares, y en particular en el libro de Ester.

2 *Faraón* significaba lo mismo que *Rey* y es el nombre que la Sagrada Escritura da en común á los antiquísimos Reyes de Egipto, como si dijera *el Rey por excelencia.*

3 Uno los de generales de Alejandro Magno, llamado Tolomeo, después de la muerte de su caudillo, se apoderó de Egipto en donde reinaron sus descendientes hasta Cleopatra, en cuya época los romanos se apoderaron de esta región que pasó á ser provincia romana. Conservaron casi todos el nombre de *Tolomeo* aunque con distintos sobrenombres: uno de ellos, Tolomeo Filadelfo, fué el fundador de la célebre biblioteca de Alejandría.

4 Dióse el nombre de *Cesar* á los doce Emperadores romanos que destruída la república, gobernaron el imperio desde Julio César el Dictador hasta la muerte de Domiciano. Suetonio escribió sus vidas.

en nonada: así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezca otra fama ni otro elogio su grandeza. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías [1], que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes é ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, ni el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna [2], y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fué premio de la virtud

1 Palabras de cariño, propias de un superior que, hablando con personas inferiores, se allana á chancearse bondadosamente con ellas.

2 Alusión a un pasaje del Evangelio de S. Mateo contra los hipócritas: en el cual les manda que den limosna sin tocar la trompeta delante de sí, y que lo hagan sin aparato, y sin que nadie lo entienda. Habla el Evangelio de trompeta no de campana porque esta no era conocida en aquellos tiempos.

y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados; el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por el tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos á la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro [1], que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina [2].

—¡Ay desdichada de mí! dijo la Sobrina, que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

1 Justa calificación con que indica Cervantes al príncipe de la poesía castellana Garcilaso de la Vega.

2 Léense estos versos en la elegía á la muerte de Don Bernardino de Toledo, hermano del gran duque de Alba D. Fernando de Toledo.

—Yo te prometo, Sobrina respondió Don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

Á este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apenas le hubo conocido el Ama, cuando corrió á esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abrióle la Sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII

De lo que pasó Don Quijote con su escudero, con otros hechos famosísimos.

Apenas vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; é imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podría persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole, se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas le dijo:

—¿Qué es esto, señora Ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale, sálese sin duda.

—Y ¿por dónde se sale, señora? preguntó Sansón. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas; que yo no puedo entender cómo le dá este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes

metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado, y venía tal el triste que no le conociera su propia madre, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro; que para haberle de volver algún tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?

—No, señor, respondió ella.

—Pues no tenga pena, respondió el Bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá y verá maravillas.

—¡Cuitada de mi! replicó el Ama. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora Ama; váyase y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear, respondió Carrasco; y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego á buscar al Cura, á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo,

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo:

—Señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

—Reducida has de decir, Sancho, dijo Don Quijote; que no relucida.

—Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado á vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme; que soy tan fócil.

—No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote, pues no sé qué quiere decir, soy tan fócil.

—Tan fócil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así.

—Menos te entiendo ahora, replicó Don Quijote.

—Pues si no me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo, respondió Don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás en cuenta lo que yo te dijere y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas patochadas.

—Podria ser, replicó Don Quijote. Y, en efecto, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo también, respondió Don Quijote. Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que habláis hoy de perlas.

—Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiera darle, porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad, dijo Don Quijote; pero no sé dónde vas á parar.

—Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, ó mal, ó nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano poco ó mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero), que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula, y descuente de mi salario, gata por cantidad.

—Sancho amigo, respondió Don Quijote, á las veces, tan buena suele ser una rata como una gata.

—Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que había de decir *rata* y no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido, respondió Don Quijote, que he penetrado lo íntimo de tus pensamientos, y sé al blanco

que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que los escuderos solían ganar cada mes ó cada año; pero yo he leído todas, ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero; sólo sé que todos servían á merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, ó por lo menos quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y advertimientos vos, Sancho, gustáis de volver á servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo escusado. Así que, Sancho mío, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intención, y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*; y sino tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros á entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que sino queréis venir á merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo, y se le cayeron las alas del cora-

zón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y el Ama y y la Sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadía á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera y con la voz levantada, le dijo:

—¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plegue á Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que más desearen. Y volviéndose al Ama, le dijo: Bien puede la señora Ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos, y yo cargaría mucho mi conciencia si no instigase y persuadiese á este caballero, que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas de este jaez que tocan, atañen, dependen, y son anejas á la orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su Rocinante en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, yo lo tendré á felicísima ventura. A esta sazón dijo Don Quijote, volviéndose á Sancho:

—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece á serlo, sino el ínclito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trástulo [1] y regocijador de los patios de las escuelas salmaticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desbarate y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

Sí, digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha. Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo desciendo; y más que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual, cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero, en efecto, el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer, y pues yo soy hombre dondequiera

1 Voz italiana que significa entretenimiento, pasatiempo, recreo.

(que no lo puedo negar), también lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare; y así no hay más que hacer, sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, de modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le *lita* que persuada á vuesa merced á salir tercera vez por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el Bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda revolcar,» en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda revocar,» creyó todo lo que de él había leído, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos, como amo y mozo, no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras dijo D. Quijote que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía; puesto que estaba más oscura por el orín y el moho, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al bachiller, no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos,

arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas[1] que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor y tío. El designio que tuvo Sansón para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres días D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y Don Quijote á su Sobrina y su Ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo Don Quijote; dió Sansón la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

1 Mujeres que se alquilaban para llorar en los entierros, y que cubiertas con grandes velos y mantos y desgreñadas iban llorando y dando á veces fuertes alaridos detrás del difunto al llevarle á enterrar. De este uso se hace mención desde la más remota antiguedad y se conservó sobre todo entre los griegos y romanos. Estos últimos daban el nombre de *praefica* á la principal de cada comitiva de *lloronas*, porque era ella la que presidia á las lamentaciones, y la que daba á sus compañeras el tono de tristeza que convenia segun la clase del difunto. Las lloronas iban cubiertas con un velo, y llevaban un vaso en que recogian las lágrimas que derramaban. Estos vasos, llamados *lacrimatorios*, se encerraban con mucho cuidado dentro de la urna donde se depositaban las cenizas del difunto. BASTÚS.

CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que sucedió á Don Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

¡Bendito sea el poderoso Alá! [1] dice Hamete Benengeli al comienzo de este octavo capítulo; ¡bendito sea Alá! repite tres veces; y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y Sancho, y los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del *Ingenioso Hidalgo*, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á suspirar el Rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y felicísimo agüero. Aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los suspiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé en qué astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; sólo le oye-

1 Nombre que dan á Dios los árabes y mahometanos.

ron decir que cuando tropezaba ó caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole Don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar á ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura.

—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte á lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la ví, la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas? Sancho, dijo Don Quijote. No debían de ser sino galerías, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso vamos allá Sancho, replicó Don Quijote; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios ó verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su alteza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá

mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.

—Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—Qué, ¿todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar, que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo ese un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituídas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á ti, oh Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían, allá en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas compuestas y tejidas; y de esta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia, que algún mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así temo que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose [1] á

1 Divertirse tiene aquí la significación del latino *divertere, apartarse del camino*, ó metafóricamente, separarse de su propósi-

contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia, que nos dijo el Bachiller Carrasco que de nosotros había visto, debe de andar mi honra á «coche acá cinchado,» y como dicen, al estricote aquí y allí barriendo las calles. Pues á fe que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado. Bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren; que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una

sito; y no la de *recrearse* ó *solazarse*, que es la que de ordinario tiene.

dama, que se podía dudar si lo era ó no, la cual, viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta, diciéndole, que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que había nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana [1], contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso

1 Y tan famoso era que fué considerado como una de las siete maravillas del mundo. Se hizo este célebre monumento, trazado por Esterifón, á espensas de toda el Asia menor y se trabajó en él por espacio de 220 años. Su longitud era de 425 pies sobre 220 de latitud, y todas sus puertas eran de maderas preciosas. Plinio observa que el uso de poner las columnas sobre un pedestal y de adornarlas con un capitel y base, principió en este templo. Había en dicho templo 127 columnas de 60 pies de elevación cubiertas de bajos relieves costeadas por otros tantos reyes. Jerjes en su expedición contra Grecia, lo conservó á pesar de que había quemado todos los demás templos de las colonias Griegas del Asia. Mas poco tiempo después lo consumió el fuego que le puso un fanático llamado Eróstrato, con el fin, según confesó en el tormento, de hacer su nombre inmortal. El incendio fué el mismo día que nació Alejandro Magno en el año 336 antes de Jesucristo. Los de Efeso para castigar á Eróstrato mandaron que nadie le nombrase en la relación del suceso; pero Teopompo lo hizo en sus historias y así fué como pasó á la posteridad el nombre de este incendiario.

ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda [1], que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor advocación, se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir claraboya redonda que está en su cima; desde la cual, mirando el Emperador el edificio, estaba con él, y á su lado, un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con Vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí, fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió

1 Templo circular que Marco Agripa, yerno del Emperador Augusto, erigió y consagró en su tercer consulado á Jupiter vengador y á todos los dioses, por lo que le dió el nombre de *Panteón*, palabra compuesta de las dos griegos *pan* todo y *theos* dios. Es este monumento, como dice Cervantes, el mas hermoso que se conserva de la antigua grandeza Romana. En tiempo de Trajano fue herido de un rayo. Adriano, Septimio Severo y Aureliano lo hermosearon y repararon. Tiene doscientos palmos de elevacion y otros tantos de diámetro, y recibe la luz por una claraboya que tiene en el centro de la bóveda de treinta y nueve palmos menos cuarto de diámetro. Mandó construir Agripa el Panteón en figura circular porque, la convexidad de su bóveda, según opina Plinio, representase la del cielo. El Papa Bonifacio IV lo convirtió en iglesia à principios del siglo VII y Gregorio IV lo dedicó á honor de la Santísima Virgen y de todos los Santos, y en el día se conoce con el nombre de nuestra Señora de la Rotunda ó sencillamente por la Rotunda.

el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasión que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamás me habléis ni estéis donde yo estuviere. Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio [1] del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tíber? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio [2]? ¿Quién impelió á Curcio [3]

1 Defendiendo Horacio Cocles el puente Sublicio de Roma contra el ejército de Porsena, rey de Etruria, resolvieron cortarle, y poco antes de desplomarse hizo retirar á todos sus compañeros, quedándose él hasta el momento crítico en que se hundió; entonces se arrojó al río y lo pasó á nado reuniéndose con los suyos.

2 Después del caso referido en la nota precedente, Porsena asedió á Roma. Un joven romano, llamado Cayo Mucio, salió con aprobación del Senado de la ciudad, resuelto á matar á Porsena. Acercándose adonde el Rey estaba y creyendo que era Porsena uno de sus oficiales, le acomete y mata con un puñal que llevaba oculto. Llevado ante el Rey, lejos de intimidarse, le anuncia nuevos peligros. Porsena manda que los descubra, manda acercar el fuego, le amenaza, y Mucio poniendo la mano diestra en las brasas, *he aquí*, le dice, *lo poco que les importa el cuerpo á los que aman la gloria*. Asombrado el Rey salta de su silla, manda que le aparten del fuego y le da libertad. Entonces Mucio como en señal de agradecimiento le dice que en Roma se han conjurado trescientos jóvenes para matarle de aquel modo y que él era el primero á quien había tocado la suerte. Porsena en vista de tanto peligro envió legados á Roma y ajustó la paz. A Mucio se le dió después el apellido de Escévola por su hazaña.

3 Sucedió el hecho de la historia romana á que aquí se refiere en el siglo IV de la República. Habíase abierto en la mitad del foro una profunda sima que en vano intentaron cegar. Consultados los augures, contestaron que allí se había de consagrar á los dioses lo mejor que tuviese Roma. Marco Curcio viendo la indeci-

á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á Julio César [1]? Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo [2]? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que

sión de todos dijo que lo mejor de Roma era el valor y las armas, y vistiéndose de las suyas y montando en brioso caballo se arrojó en la sima. Añade Tito Livio, aunque sin ocultar su duda, que después se convirtió aquel báratro en un lago que tomó el nombre de Curcio.

1 Dícelo al revés Don Quijote. Suetonio cuenta que César se paró pensativo al llegar al puente del Rubicón, considerando el tamaño de la empresa que acometía; y que en esta perplejidad tuvo un agüero que le decidió á pasar el río. *Vamos,* dijo César, *adonde nos llaman las señales de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos. Está echada la suerte.* Clemencín.

2 Bien conocida es la hazaña de Hernán Cortés cuando viendo á sus compañeros irresolutos y titubeando en la empresa de seguirle, hizo echar á pique los navíos que los habían conducido á Nueva España, para que perdiesen la esperanza de la vuelta y no les quedase más que la de la victoria. Propuesto este hecho, como asunto de un canto, por la Real Academia Española, ésta en la distribución de premios del año 1778 dió uno, cual era justo, al noble y armonioso canto de D. José M. Vaca de Guzmán, sacando cierto el presagio que en boca del mismo Cortés hizo el poeta á los soldados en la octava LIII, diciendo:

Morir famosos, ó vencer valientes;
Pompa triunfal, ó decorosa pira
Sólo os aguarda: á las futuras gentes
Ya el pierio coro vuestro aplauso inspira:
La fuga que evitamos diligentes,
Será el objeto de la hispana lira,
Dando asunto á sus números suaves
La destrucción gloriosa de las naves.

los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable [1] siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo que tiene su fin señalado; así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia; á la avaricia y envidia en la generosidad y buen pecho; á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querría que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria.

—Absolviese quieres decir, Sancho, dijo D. Quijote. Dí en buena hora, que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó

1 Lo mismo que terminable, equivaliendo además en este pasaje á deleznable, perecedero ó poco duradero siglo.

Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están ahora?

—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno: los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo.

—Está bien, dijo Sancho, pero sepamos ahora, ¿esas sepulturas donde están los cuerpos de esos señorazos, tienen delante de sí lámparas de plata ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y si de esto no, ¿de qué están adornadas?

—Á lo que respondió Don Quijote: Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos [1]. Las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro [2]. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que ahora es el castillo de Santángel [3]

1 En esto andaba errado Don Quijote pues la costumbre de enterrar á los muertos en los templos comenzó por edificar estos sobre los sepulcros de los mártires, siendo enterrados después en los mismos templos.

2 También es equivocada esta noticia. La llamada *Aguja de San Pedro* es el obelisco egipcio que está en la plaza columnata que precede á la Iglesia de San Pedro en el Vaticano, donde lo colocó el arquitecto Domingo Fontana por orden del Papa Sixto V, el año de 1586. Este obelisco y no pirámide como lo llama D. Quijote es de granito oriental y mide 107 palmos de altura y 189 contando el pedestal y la cruz de bronce con que termina. Lo hizo traer de Egipto el Emperador Calígula en una embarcación de una grandeza extraordinaria.

3 Llamóse también *Moles Adriani* porque fué el Mausoleo que se hizo construir el Emperador Adriano. Por su situación y solidez dió ocasión á que los romanos lo usaran como fortaleza en

en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo [1] en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo, pero ninguna de estas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—Á eso voy, replicó Sancho, y dígame ahora: ¿cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?

—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote, más es resucitar á un muerto.

—Cogido le tengo, dijo Sancho. Luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran [2] sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad, respondió Don Quijote.

sus guerras contra los godos. En el siglo XIV, el Papa Bonifacio IX lo convirtió en verdadera fortaleza, guarneciéndolo de baluartes y artillería. En él se refugió Clemente VII cuando los españoles mandados por el Condestable de Borbon tomaron por asalto á Roma el año 1527.

1 Monumento sepulcral que Artemisa, mujer de Mausoleo, régulo de Coria, erigió á la memoria de su marido. Plinio dijo que se contaba entre las siete maravillas del mundo, describió sus dimensiones diciendo que tenía 411 pies de circumferencia y su total elevación de 140 pies. Artemisa murio antes de que se concluyese; pero lo terminaron después de su muerte los artifices que se habían encargado de su construcción. De aquí vino el dar el nombre de *Mausoleo* à los sepulcros ostentosos y magnificos.

2 Las reliquias de los santos no son adoradas, culto tributado sólo á Dios, sino veneradas.

—Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Y los cuerpos de los santos, ó sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros [1], besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciosos altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.

—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que según ha poco, se puede decir de esta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos [2], cuyas cadenas de hierro, con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración, que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito de cualquier Orden que sea, que valiente y andante caballero. Más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.

1 Como sucedió con las reliquias de S. Eugenio en 1156 y con las de Sta. Leocadia en 1587 que fueron llevadas respectivamente por Alfonso VII y Felipe II y los príncipes reales.

2 El uno sería S. Diego de Alcalá, lego franciscano, natural de San Nicolás del Puerto. El otro, aunque suponen algunos sea S. Salvador de Orta, parece más probable se refiera á San Pedro de Alcántara.

—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo. Religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

—Sí, respondió Sancho; pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes, dijo Sancho.

—Muchos, respondió Don Quijote; pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, otro día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea ni en su vida la había visto como casi no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados; y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando con su dueño entrase en el Toboso. Finalmente, ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado al determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosa que á cosa llegara.

CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá.

Media noche era por filo [1], poco más ó menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpas de sus enredos. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de Don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero, pero con todo esto dijo á Sancho:

—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿Á qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequeña?

—Debía estar retirada entonces, respondió Don Quijote, en algún pequeño apartamento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

1 Esto es era la media noche cabal ó en punto fijo, como cuando el *fiel ó filo* de la balanza está exactamente vertical sin inclinarse á una ni á otra parte.

—Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oigan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente?

—Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, que, ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuesa merced, respondio Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.

Guió Don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

—Calla, mentecato, dijo Don Quijote; ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

—Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa

merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar (que le vea yo comido de perros), que así nos trae corridos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré, respondió Sancho; pero, ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces?

—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote. Ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida apenas he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio?

—Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo que, pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que la envié contigo.

—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que también fué de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo.

—Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlas, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía á pasar por donde estaban uno con dos mulas (que por el

ruido que hacía el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debía de ser labrador), que había madrugado antes del día á ir á su labranza, y así fué la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,
La caza de Roncesvalles [1].

—¡Qué me maten, Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

—Sí oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calaínos, que todo fuera uno para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio.

Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó:

—Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea de Toboso?

—Señor respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo. En esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar, entrambos ó cualquiera de ellos sabrá dar á vuesa merced razón de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas, dijo Don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quien os pregunto.

1 La derrota del ejército de Carlomagno en la memorable jornada de Roncesvalles era uno de los sucesos gloriosos que oían comunmente desde su infancia todos los españoles.

—Podría ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alba; y dando á sus mulas no atendió [1] á más preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo:

—Señor, ya se viene á más andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle. Mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día y no dejaré ostugo [2] en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora; y asaz sería de desdichado si no le hallase, y hallándole hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa merced, esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho, dijo Don Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras. El consejo que ahora me has dado, le agradezco y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta, ó bosque, donde Don Quijote se le emboscó en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo capítulo.

1 Esto es no *aguardó* á más preguntas, según la antigua acepción del verbo atender.

2 Es decir, no dejaré de ver y mirar con atención si hallo pista, traza ó vestigio de este alcázar.

CAPÍTULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Cuenta la historia que así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndole fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acontecimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se lo mandaba, y de traerle tan buena respuesta como lo trajo la vez primera [1].

—Anda, hijo, respondió Don Quijote, y no te turbes. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase de ella: cómo te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces, si la muda de blanda en

1 Ironía de Sancho, pues, sin duda, recordará el lector lo bien que desempeñó su cometido cuando fué enviado desde Sierra Morena con la carta que se quedó su amo.

áspera, si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado: finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que saber me interesa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho, y ensanche vuesa verced, señor mío, ese corazoncillo, que lo debe de tener ahora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos hay estacas; y también se dice: «donde no se piensa salta la liebre.» Dígolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados, déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio; y Don Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza y viendo que Don Quijote no parecía se apeó del jumento y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á de-

cirse [1]: Sepamos ahora, Sancho hermano, á donde va vuestra merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido?.... No por cierto. ¿Pues qué va á buscar?.... Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella el sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y á dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho?.... ¿A dónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quien la vais á buscar?.... De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que deshace los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho?.... Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura?.... Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo, no merecéis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie.

Oxte [2], allá darás rayo, no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica

1 El presente soliloquio de Sancho es de los más agradables pasajes de la fábula.

2 *Oxte*, interjección de quien arroja de sí lo que le molesta e incomoda.

por Ravena, ó al bachiller en Salamanca [1]. El diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó de él fué que volvió á decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él; pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Dime con quien andas, decirte he quien eres, y el otro de: No con quien naces, sino con quien paces. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las manadas de carneros ejércitos enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y cuando él no lo crea, lo afirmaré yo; y si porfiare, porfiaré yo más y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo de ellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado

1 Locución proverbial para denotar la inutilidad de alguna diligencia que se hace, como sería buscar en Salamanca á uno sin tener más señas que la de que es bachiller. Igual significado tiene la anterior de *buscar á Marica por Ravena.*

su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y detúvose allí hasta la tarde, para dar lugar á que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir al Rucio, vió que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara; aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo.

En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil lamentaciones. Como Don Quijote le vió, le dijo: ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca ó con negra [1]?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rótulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó Don Quijote, buenas nuevas traes.

1 Los antiguos romanos observaban la distinción de los días faustos ó infaustos; el más señalado de estos últimos era el 18 de Julio, día en que los 306 Fabios que componían la ilustre familia de este nombre, menos uno, que por su poca edad se habia quedado en Roma, perecieron todos peleando contra los Veyentes á orillas del río Cremera, y día también en que años después fueron vencidos los romanos junto á Alia por los galos, que á consecuencia de este suceso se apoderaron de Roma. Los romanos en ciertas ocasiones señalaban los días felices con piedrecillas blancas y con negras los funestos ó aciagos, de lo que hacen mención muchos escritores, así como también en las votaciones de los tribunales usaban de piedras blancas para absolver y de negras para condenar.

—Tan buenas, respondió Sancho; que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo Don Quijote, mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas son rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos [1], los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos de sol que andan jugando con el viento y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas [2] querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas, pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quijote, y en albricias de estas no esperadas como buenas nuevas,

1 Llámase brocado á la tela de seda sobrelabrada con oro ó plata. El más precioso era de tres altos.

2 *Hacas ó jacas* son caballos de poca alzada. Dábase el nombre de *hacaneas* á las jacas preciadas, propias para que cabalgasen en ellas Reinas, princesas y grandes señoras.

te mando [1] el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías.

—A las crías me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura, no está muy cierto.

Y en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso; y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? respondió Sancho. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía?

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

—Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; y ¿es posible que tres hacaneas ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Que me pele estas barbas si tal fuese verdad.

—Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo Don Quijote y tú Sancho Panza: ó á lo menos á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca; y diciendo esto, se adelantó á recibir á las tres aldeanas:

1 Esto es, te ofrezco ó prometo.

y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras; é hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: Reina y princesa, y duquesa sin par, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura.*

A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino á una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo:

—Apártense, nora en tal [1], del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

—Mas ¡jo? que te estrego [2] burra de mi suegro. ¡Mi-

1 Lo mismo que noramala.

2 Antiquísimo refrán que equivale á estate quieta bestia que

rad con que se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino, y déjenmos hacer el nueso, y serles há sano.

—Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza! ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no lo ha cambiado en el de algún vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Toma que... mi agüelo! respondió la aldeana; amiguita soy yo de oir resquebrajos! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana, que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su hacanea con un aguijón que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario comenzó á corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo cual visto por Don Qui-

te estoy estregando ó rascando; pero aquí se usa irónicamente para indicar la inoportunidad de aquellos cumplimientos.

jote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar la albarda, que también vino á la barriga de la pollina.

Acomodada pues la albarda y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose un poco atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

—¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren, como el viento. Y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose á Sancho le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece, cuán mal quisto soy de encantadores? y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira, y asesten las flechas de la mala fortuna. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á

mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre la hacanea (según tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Oh canalla! gritó á esta sazón Sancho. ¡Oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que la tocarais en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque para decir verdad, nunca yo ví su fealdad sino su hermosura, á la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, á manera de bigote, con siete ú ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de más de un palmo.

—Pero muy lüengos para lunares, dijo Don Quijote, son esos pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos.

—Yo lo creo, amigo, replicó Don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares,

sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillón?

—No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino, según es rica.

—¡Y qué no viese yo todo eso, Sancho! dijo don Quijote. Ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer sl socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, para tomar el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse. Pero antes que allá llegasen, les sucedieron cosas, que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá más adelante.

CAPÍTULO XI

De la extraña aventura que sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo además iba Don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendría para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenía á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundan. De su embelesamiento le volvió Sancho Pánza, diciéndole:

—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuesa merced se reporte, y vuelva en sí y coja las riendas á Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué es esto? ¿Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí ó en Francia [1]? Mas que desaparezcan cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra.

1 Frase con que se reprende á una persona alguna acción ó dicho importuno.

—Calla, Sancho, respondió Don Quijote con voz mansa y desmayada; calla, digo, y nada digas contra aquella encantada señora; que de su desgracia y desventura yo sólo tengo la culpa. De la envidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza.

—Así lo digo yo, respondió Sancho. Quién la vido [1] y la vé ahora, ¿cuál es el corazón que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura; que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza; contra mi sólo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno.

—Encomendémoslo todo á Dios, señor, que Él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mío, más que de otras; que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ú otro caballero y le mande que se vaya á presentar ante la señora Dulcinea. ¿Adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes [2], buscando á mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre.

—Quizá, Sancho, respondió Don Quijote, no se esten-

1 Pret. perf. anticuado, *vió.*

2 Antiguamente se daba el nombre de *bausán* al bulto ó figura de un hombre embutido de paja y con armas, que solía ponerse algunas veces en los adarves, ó entre las almenas de las fortalezas para alucinar á los sitiadores. Extendióse también á significar una persona boba, estúpida.

derá el encantamiento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca de esto les hubiere sucedido.

—Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuesa merced me ha dicho, y que con ese arbitrio vendremos en conocimiento de lo que deseamos y si es que ella á sólo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya. Pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos, y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico de estas y de otras mayores enfermedades.

Responder quería Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero, era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas, al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los pies de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en las ojos, pero con su arco, carcaj y saetas. Venía también un caballero armado de punta en blanco [1], ex-

1 Esto es, con todas las piezas de una armadura completa que le cubrían de los pies á la cabeza.

cepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores. Con estas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró Dón Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo:

—Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón [1] que carreta de las que se usan. Á lo cual, mansamente deteniendo el diablo la carreta, respondió:

—Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana que es la octava de Corpus, el auto de *Las Cortes de la muerte,* y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte; el otro de ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de reina; el otro de soldado; aquel de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea de nosotros, pregúntemelo que yo le sabré responder

1 Barca de Carón era en la que este portero ó barquero del infierno pasaba, según la fábula, las sombras de los muertos por los ríos Aqueronte y Cocito y la laguna Estigia.

con toda puntualidad; que como soy demonio, todo se me alcanza.

—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que así como ví este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula [1], y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.

Estando en esas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de mogiganga [2], con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moharracho, llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. [3] Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del Rucio y á toda priesa fué á verle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante, y de sus atrevimientos.

1 Esta palabra significa lo mismo que *máscaras*.

2 Era una especie de compañía cómica compuesta de pocos farsantes, que en algunas ocasiones se disfrazaban con vestidos ridículos para divertir á los espectadores.

3 Palabra mutilada por *anatomía*.

Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho, por acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el Rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campiña hacia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su Rucio, y la caída de su amo, y no sabía á cual de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; si bien cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su Rucio, era para él tártagos [1] y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba Don Quijote harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: Señor, el diablo se me ha llevado el Rucio.

—¿Qué diablo? preguntó Don Quijote.

—El de las vejigas, respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas de ella satisfaré la pérdida del Rucio.

—No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que, según me parece, ya el diablo ha dejado el Rucio y vuelve á la querencia. Y así era la verdad, porque ha-

1 Hierba que purga violentamente, causando ansias y congojas á quien la toma.

biendo caído el diablo con el Rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo y el jumento se volvió á su amo.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador.

—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginación, replicó Sancho y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

—Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano. Y diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, é íba dando voces diciendo:

—Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero y el Ángel, sin quedarse la Reina, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recibir á Don Quijote, que los vió puestos en gallardo escuadrón, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las rien-

das á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

—Asaz de locura sería intentar tal empresa. Considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo [1] y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce. Y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la Muerte, y pelean en persona emperadores, á quien ayudan los buenos y los malos ángeles. Y si esta consideración no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero. A ti, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto más que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida.

—Pues si esa es tu determinación, replicó Don Qui-

1 Metafóricamente hablando es lo mismo que guijarros.

jote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estos fantasmas, y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su Rucio, la Muerte y todo su escuadrón volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte; gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el día siguiente le sucedió otra, con un andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.

CAPÍTULO XII

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo caballero de los Espejos.

La noche que siguió al día del reencuentro de la muerte, la pasaron Don Quijote y su escudero debajo de unos altos y frondosos árboles, habiendo, á persuasión de Sancho, comido Don Quijote de lo que venía en el repuesto del Rucio; y entre la cena dijo Sancho á su señor:

—Señor, que tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas. En efecto; ¿no vale más pájaro en mano que buitre volando?

—Todavía, respondió Don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo quería, te hubiera cabido en despojos por lo menos la corona de oro del Emperador y las pintadas alas de Cupido; que yo se las quitara al redropelo [1], y te las pusiera en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ú hoja de lata.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como es la misma comedia, con

1 Es lo mismo que *retropelo* y quiere decir *violentamente*, contra el orden regular de las cosas.

la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que la componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí he visto, respondió Sancho.

—Pues lo mismo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

—¡Brava comparación! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en la bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

—Cada día, Sancho, dijo Don Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto.

—Sí; que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales que no desdigan ni se deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Rióse Don Quijote de las afectadas razones de Sancho y parecióle ser verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las más veces que Sancho quería hablar de oposición y á lo cortesano acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso de esta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir, y desaliñando al Rucio le dió pasto abundoso y libre.

No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante: antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero ¿quitar la silla del

caballo? ¡guarda![1] y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al Rucio, cuya amistad de él y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres á hijos, que el autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos de ella.

Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Oréstes; y si esto es así, se podrá echar de ver, para universal admiración, cuán firme debió de ser la amistad de estos dos pacíficos animales para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por eso dijo:

No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas;

Y el otro que cantó:

De amigo á amigo, la chinche, etc.

Y no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas el cristel, de los perros el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo[2].

Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un

1 Interjección con que se avisa otro que se guarde de algún mal ó inconveniente.

2 Muy conocidos son los hechos que dieron en todo tiempo motivo de considerarse á estos animales como modelos de las cualidades que les atribuye Cervantes.

alcornoque y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas; y levantándose con sobresalto se puso á mirar y escuchar de dónde el ruido procedía, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que, á mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis pensamientos. El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venía armado; manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose á Sancho que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena, respondió Sancho. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote. Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le ví arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer le crugieron las armas.

—¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aventura?

—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que á lo que parece templando está un laúd ó vihuela [1],

1 El laud es un instrumento que se toca punteando con los

y según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—Á buena fe que es así, respondió Sancho.

—Escuchémosle, dijo Don Quijote, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua. Replicar quería Sancho á su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y estando los dos atentos, oyéronle cantar un soneto en que se expresaban sus penas.

Con un *ay*, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dió fin á su canto el Caballero del Bosque, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo: ¡Oh! ¿será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más principal del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial á mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos; quizá se declarará más.

—Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo [1]. Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban

dedos ó hiriendo con una pluma las cuerdas. Tiene la parte interior cóncava y es como la bandola ó bandolino.

1 Adverbio que equivale *continuadamente, sin interrupción*. Sólo lo usa la gente rústica y ordinaria.

cerca de él, sin pasar adelante en su lamentación se puso en pie, y dijo con voz sonora y comedida:

—¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó del de los afligidos?

—De los afligidos, respondió Don Quijote.

—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la aflicción mesma. Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni menos. El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. Á lo que respondió Don Quijote:

—Caballero soy de la profesión que decís, y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado de ella la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantasteis poco há, colegí el género y motivo de las vuestras. Ya cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

—Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, ¿no os ha cautivado alguna ilustre doncella el corazón?

—Por desventura, respondió Don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es verdad, replicó el del Bosque, si no nos

turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.

—No por cierto; dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque.

—Sí es, respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor; á lo menos ahí está ese mío, que es tan grande como su padre y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan y aun... Quédese aquí, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros, que se den de las astas contándose sus historias, que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado.

—Sea en buena hora, dijo Sancho; y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.

Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO XIII

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

Divididos estaban caballeros y escuderos, éstos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice que, apartándose un poco de ellos, el del Bosque dijo á Sancho:

—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan con el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres.

—También se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aun menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un día ó dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo menos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque [1] ínsula, ó con un condado de buen parecer.

1 Este adjetivo anticuado, que á primera vista pudiera pare-

—Yo, replicó Sancho, ya he dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula, y él es tan noble y tan liberal, que me le ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo.

—¿Y qué tal? debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuesa merced caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mío es meramente lego, aunque yo me acuerdo, cuando le querían aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador; y entonces estaba temblando si le venía en voluntad ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella; porque le hago saber á vuesa merced que, aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos melancólicos, y finalmente, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando: que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, á quien le falte un rocín y un

cer un italianismo no lo es, y antiguamente perteneció al castellano siendo todavía usado por la gente del campo.

par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea?

—Á mí no me falta nada de eso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocín; pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. ¡Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él, aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima! á burla tendrá vuesa merced el valor de mi Rucio; que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habían de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo, y más que entonces es la caza más gustosa cuando se hace á costa ajena.

—Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea y criar mis hijitos; que tengo tres como tres orientales perlas.

—Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre.

—¿Y qué edad tiene esa señora que se cría para condesa? preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más ó menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de ganapán.

—Partes son esas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque.

—Para volver á ver á mi mujer y á mis hijos ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en

el corazón de Sierra-Morena; y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco; y si va á tratar de ellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos que dicen: «Cuidados ajenos matan al asno;» pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir á los hocicos.

—No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algún tropezón ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mía á calderadas. Más acompañados [1] y paniaguados debe de tener la locura que la discreción; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mío.

—Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mío, respondió Sancho; digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro [2]: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos,

1 Aunque es participio pasivo tiene aquí significación activa equivale á *acompañantes* ó *compañeros*.

2 *Alma de cántaro* se llama ordinariamente á la persona estúpida, tonta, simple.

ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por más disparates que haga.

—Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupía Sancho á menudo, al parecer un cierto número de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

—Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno. Y levantándose, volvió desde allí un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar [1] tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito. Lo cual visto por Sancho, dijo:

—¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor?

—Pues que se pensaba, respondió el otro, ¿soy yo por ventura algún escudero de agua y lana [2]? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta [3], y dijo:

1 Conejo blanco.

2 Expresión familiar para indicar un hombre de poca importancia, de ningún valor.

3 Es decir tan grandes como suelen ser los nudos de la suelta que es el pedazo de soga ó cordel con que suelen atar las caballerías.

—Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo menos, y no como yo, mezquino y mal aventurado, que solo traigo en las alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello un gigante; á quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced á la estrecheza de mi dueño, y la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que no tengo hecho el estómogo á tagarninas, ni á piruétanos [1], ni á raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren. Fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí ó por no, y es tan devota mía, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que le dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto, se la puso en las manos á Sancho, el cual, empinándola, puesta á la boca, estuvo mirando á las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo:

—¡ Oh y cómo es católico ! Pero, dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo! respondió el del Bosque; en verdad que no

1 Esto es, acostumbrado á mantenerse de yerbas y frutas del campo. *Tagarnina* es lo mismo que cardillo y *piruétano*, péra silvestre.

es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso! dijo Sancho; ¡no toméis menos, sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en eso de conocer vinos que en dándome á oler cualquiera, acierto la pátria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañaderas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos más excelentes catadores de vino que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré: diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno le probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más que llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que más sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso los dos famosos catadores se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino; y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán; porque vea vuesa merced si quien viene de esta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si Él quiere.

—Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed; que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir, mi elección, me trajo á poner los ojos en la sin par Casildea de Vandalia; llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de las buenas prendas. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina [1] á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser él último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda [2], que

1 Palabra italiana que equivale á la española *madrasta*.

2 El bachiller Sansón Carrasco, que es el que se presenta aquí con el nombre y figura de Caballero andante, imitando los delirios de sus modelos, llama giganta á la estatua de bronce que termina la torre de la catedral de Sevilla, y sirve de veleta. Tiene 14 pies de alto y pesa según unos 28 y 36 quintales según otros. Lleva en la izquierda una palma y en la derecha un lábaro con

es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencíla [1], é hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando [2]: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra [3], ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trajese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros

el que indica el viento. Se la llamó *Giralda* por estar *girando* ó dando vueltas á impulso del viento, y este nombre que al principio indicaba sólo la estatua se aplicó más tarde á la torre misma.

1 Alude á un pasaje de la historia romana. Noticioso César de que las legiones romanas habían sido batidas por Farnaces, hijo de Mitridates, dirigióse precipitadamente al Asia, y en un gran combate venció á Farmaces, que antes había sido el vencedor, de cuya pronta victoria dió aviso á Roma, escribiendo á un amigo estas tres solas palabras: *veni, vidi, vici*, llegué, vi y vencí.

2 Son cuatro bultos de piedra berroqueña de doce á trece palmos de largo, ocho de ancho y cuatro de grueso que hay en una viña entre Cadalso y Cebreros, en el Obispado de Avila.

3 En la Sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba, como á media legua de la población, se encuentra una boca de tres á cuatro varas de ancho y de cinco á seis de largo, en que empieza la sima de cabra, y sigue perpendicularmente con varias concavidades hondas los lados. á Antes de llegar al fondo se encuentran unos riscos ó peñascos que destilan agua. CLEMENCÍN.

que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada señora de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me aprecio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más eminente Casildea de Vandalia que Dulcinea del Toboso: y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndolo yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha trasferido y pasado á mi persona, que

Tanto el vencedor es más honrado
Cuanto más el vencido es reputado;

así, que ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.

Admirado quedó Don Quijote de oir al Caballero del Bosque y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira; y así sosegadamente le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda; podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? replicó el del Bosque. En verdad que peleé con Don Quijoje, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellana-

do de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que por llamarse Casilda y ser de Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia [1]. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir, que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que de él me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno de ellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo el descubierto de la tierra; y para confir-

1 El reino de Andalucía, hermosa parte de España en la que pone Fenelón los campos elíseos, se llamó antiguamente Betica, del río Bóetis, hoy Guadalquivir, que la baña. Después se llamó *Wandalucía* por haberse establecido allí los Vándalos, de lo que le ha quedado el nombre de *Andalucía*, que ahora tiene. Los árabes llamaron Andalucía á toda España, haciendo general á la península el nombre de la primera provincia que ocuparon.

mación de esto, quiero también que sepáis que los tales encantadores, sus contrarios, no ha más de diez horas que trasformaron la figura y persona de Dulcinea del Toboso, en una aldeana soez y baja, y de esta manera habrán trasformado á Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quijote que la sustentará con sus armas á pie ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare. Y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento de esa condición y conveniencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos es-

cuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el Rucio estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía cuando son padrinos de alguna pendencia no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que, mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; á lo menos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería; cuanto más que yo quiero que sea verdad y ordenanza espresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviese puesta á los tales pacíficos escuderos; que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes; hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque· yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, reñiremos á talegazos, con armas iguales.

—De esa manera, sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolverearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de

echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y de esta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—Mirad, respondió Sancho, qué martas cebollinas [1] ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero, aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear; peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se caigan de maduras.

—Con todo replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, respondió Sancho; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna por mínima que sea; cuanto más que, estando sin cólera y sin enojo ¿quién se ha de amañar á reñir á secas?

—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis pies; con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo

1 Estropea aquí Sancho el nombre *cebelinas* que se da á las martas ó pieles de las martas, animalitos parecidos á las fuinas, y que sirven para forros siendo las más preciadas las que vienen del Norte.

dormir á garrotazos de tal suerte la suya que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote... aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, replicó el del Bosque, amanecerá Dios y medraremos.

En esto [1] ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor, bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía som-

1 Bellísima descripción de la aurora.

bra á todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela, al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían de grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirando que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por esto temió como Sancho Panza; antes, con gentil denuedo, dijo al caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición.

—O vencido ó vencedor que salgáis de esta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que ha-

go notable agravio á mi señora Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijísteis haber vencido.

—A esto vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero según vos decís, que os persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contendido ó no.

—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño; empero para sacaros de él de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro y vos veréis que no soy el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenía del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discreción del vencedor.

—Ya lo sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impúsiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas

narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con sólo un pasagonzalo [1] con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido á una ación [2] de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo:

—Suplico á vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que á no ser yo quien soy, también me asombraran; y así ven, ayudarte he de subir donde dices.

En lo que se detuvo Don Quijote que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta,

1 Juego antiquísimo que consiste en dar un papirote en la nariz soltando con cierta fuerza el dedo medio puesto debajo del pulgar.

2 Llámase así la correa en que va puesto, y de la que cuelga el estribo.

ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero, ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba á estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto.

Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda prisa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¡Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyen! Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura,

el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sansón Carrasco. Y así como la vió, en altas voces dijo:

—Acude, Sancho. y mira lo que has de ver, y no lo has de creer; aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores.

Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces, y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él á alguno de sus enemiges los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote; porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y á grandes voces dijo:

—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote, que ese que tiene á los pies es el Bachiller Sansón Carrasco su amigo y yo soy su escudero. Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices? A lo que le respondió:

—Aquí las tengo en la faltriquera; y echando la mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz de máscara de la manifatura que quedan delineadas; y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo:

—¡Santa María y válame! Este ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—Y ¡cómo si lo soy! respondió el ya desnarigudo escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arcaduces, embustes y enredo por donde soy aquí venido; y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera, ni mate el Caballero de los Espejos, que á sus pies tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el Bachiller Sansón Carrasco, nuestro compatriota.

En esto volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto, habéis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimesmo habéis de volver á buscarme que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiérades pasado: condiciones que, conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso, dijo el caído caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencísteis no fué, ni

pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el Bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece; y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento, como vos creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída que asaz mal trecho me tiene.

Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial, ó su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habían mudado la figura del caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención aquél de buscar algún lugar donde bizmarse y entablarse las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino, donde los deja la historia por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante [1] escudero.

1 Voz ridícula inventada por Cervantes.

CAPÍTULO XV

Donde se cuenta y da noticia de quien era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote por haber alcanzado victoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballaresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tan vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia, que cuando el Bachiller Sansón Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo [1] con el Cura y el Barbero, sobre qué medio se podía tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto común de todos, y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerlo parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues, no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto

1 *Entrar en bureo*, lo mismo que entrar en junta.

que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido Don Quijote, le había de mandar el Bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese de ella en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa; lo cual era claro que Don Quijote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería; y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algún conveniente remedio. Aprestóse Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos de Don Quijote que se dió á entender que el Bachiller no era el Bachiller el señor Bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nido donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al Bachiller:

—Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa; pero con dificultad las más veces se sale de ella. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues, ahora cuál es más loco, ¿el que lo es

por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sansón·

—La diferencia que hay entre esos dos locos, es que el que lo es por fuerza lo será para siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa.

—Eso os cumple, respondió Sansón, porque pensar que yo he de volver á la mía hasta haber molido de palos á Don Quijote, es pensar en lo escusado; y no me llevará ahora buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista [1] con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar de él á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.

1 Cirujano ó mejor dicho conocedor del álgebra, parte de la cirujía, que enseña á poner en su lugar los huesos dislocados. Bastús.

CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo. Daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenía en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses. Finalmente, decía entre sí que si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no envidiaría á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo:

—¿No es bueno, señor, que todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial?

—¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el Bachiller Carrasco y su escudero Tomé Cecial tu compadre?

—No sé que me diga á eso, respondió Sancho; sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer é hijos, no

me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono del habla era todo uno.

—Estemos á razón, Sancho, replicó Don Quijote; ven acá: ¿en qué consideración puede caber que el Bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Héle dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesión de las armas para tener envidia á la fama que por ellas he ganado?

—¿Pues que diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran?

—Todo es artificio y traza, respondió Don Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que ya había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese ante los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y de esta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes ¡oh Sancho! por experiencia, que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de feo hermoso, pues no ha dos días que vistes por tus mismos ojos la hermosura y

gallardía de la sin par Dulcinea con toda su entereza y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con lagañas en los ojos y con mal olor en la boca. Y más que el perverso encantador que se atrevió á hacer una transformación tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho. Y como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre, que detrás de ellos por el mismo camino venía, sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo, el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta asimismo de morado y verde, traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestide parecían mejor que si fueran de oro puro.

Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo:

—Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros y no importa darse priesa, merced recibiría el que nos fuésemos juntos.

—Que me place, respondió el de la yegua, admirándose de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del Rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa [1]. La edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo Verde, fué que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás, admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo, y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino diciéndole:

—Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo que soy caballero de estos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria; empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar ya la muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo

1 Hombre formal ó chapado, como también suele decirse.

allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes [1] se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta millares de veces, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el *El Caballero de la Triste Figura;* y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga. Así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy y la profesión que hago.

Calló en diciendo esto Don Quijote; y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo:

—Acertásteis, señor caballero, á conocer por mi suspensión, mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que si bien como vos, señor, decís el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así; antes ahora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. ¡Cómo! y ¿es posi-

1 Ocho ediciones de la primera parte del Quijote se habían hecho cuando salió á luz la segunda, de las cuales tres se habían publicado en Madrid, dos en Bruselas, una en Valencia, otra en Lisboa y otra en Milán.

ble que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

—Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.

—¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que son falsas las tales historias?

—Yo lo dudo, respondío Don Quijote; y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.

De esta última razón de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era; pues él le había dado parte de su condición y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gabán:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido, soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida

con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos. Mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni alcón ni galgos, sino algún perdigón [1] manso ó algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romances, cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas. Ojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención; bien que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos. Ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros. Oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada á mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz á los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho á la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quién la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del Rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho; y con devoto corazón y casi con las lágrimas le besó los pies una y mil veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó:

1 Por la añadidura de *manso* se viene en conocimiento de que se habla de *perro perdiguero* y no de *pollo de perdiz*, que es lo que ordinariamente significa perdigón. CLEMENCIN.

—¿Qué hacéis hermano? ¿Qué besos son estos?

—Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en mi vida.

—No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.

Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiración á Don Diego.

Preguntóle Don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los filósofos que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que, á no tenerle, quizá, me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglos donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo discreto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una ma-

nera ú otra tales y tales versos de Virgilio; en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos en hacer una glosa á cuatro versos, que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió Don Quijote:

—Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. Á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar á quien la posee. La poesía [1], señor hidalgo,

1 Hermosa alegoría con que describió el mismo Cervantes la poesía en su viaje al Parnaso en estos versos:

En esto por un lado descubríase
Del sitio un escuadrón de ninfas bellas...
Las ninfas que al querer suyo asistían,
En el gallardo brío y bello aspecto
Las artes liberales parecían.
Todas con amoroso y tierno afecto,

á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo vulgo solamente á la gente pebleya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número de vulgo; y así, el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas

Con las ciencias más claras y escogidas
Le guardaban santísimo respeto.
Mostraban que en servirla eran servidas...
Esta, que es la poesía verdadera...
Dijo Mercurio, la alta y la sincera...
Nunca se inclina á servir á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que más ignora menos calla.
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni tabanco ni taberna deja.

las naciones políticas [1] del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín porque era griego, y Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aún el vizcaíno, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace; quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. También digo que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que, sólo por saber el arte, quisiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perfecciónala; así que, mezclados la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su

1 Lo mismo que civilizadas, como se dice hoy día.

estrella [1] le llama; que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada [2], y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras á los obispos ó como las garnachas [3] á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciese sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como elegantemente él lo hizo, alábele: porque lícito es al poeta escribir contra la envidia y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia, se pondrán á peligro que los destierren á las islas del Ponto [4]. Si [5] el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tam-

1 *Estrella* es aqui, inclinación, suerte, destino. Diósele esta significación en los tiempos que se creía comúnmente que el aspecto y posición que tenian las estrellas al tiempo de nacer las personas influian en sus prendas morales y aun físicas. De aqui nació también el llamar *sino* á la suerte de los hombres, que viene á ser el *hado* de los gentiles y aún de los mahometanos; y de aqui nacieron los horóscopos y delirios de la astrología judiciaria, que tanto crédito tuvieron en siglos de ignorancia en el vulgo. CLEMENCÍN.

2 Llamábanse así aquellos que no se habian dedicado á las letras.

3 Traje talar con mangas muy cumplidas. Fué comun á hombres y mujeres, pero después lo usaron solamente los jueces, tanto que por *garnacha* solía entenderse juez, como por *bonete* clérigo y por *capilla* fraile.

4 Como le sucedió á Ovidio, aunque este poeta no fué desterrado á las islas sino á las costas del Ponto ó Mar Negro.

5 Esta y las siguientes son bellísimas sentencias de Cervantes.

bién en sus versos. La pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes [1] ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aún los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo [2], como en señal de que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes.

Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de Don Quijote, y tanto que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad de esta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de Don Quijote, cuando alzando Don Quijote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales, y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada; el cual Sancho oyéndose llamar, dejó á los pastores, y á toda priesa picó al Rucio, y llegó adonde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

1 Aunque todo el mundo sabe que Camoens, el poeta de las Lusiadas, murió en un hospital.

2 Creían los antiguos que el laurel era un árbol sagrado que el rayo respetaba; por esto sin duda el Emperador Tiberio a quien, como cuenta Suetonio, amedrantaba mucho los truenos, llevaba siempre la corona de laurel, durante las tempestades, á fin de librarse de los rayos.

CAPÍTULO XVII

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felizmente acabada aventura de los leones.

Llegando el autor de esta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objecciones que podían ponerle de mentiroso. Y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua. Y así prosiguiendo su historia, dice que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trajese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendían, y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo que hacer de ellos ni en que traerlos; y por no perderlos (que ya les tenía pagados), acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le quería; el cual, en llegando, le dijo:

–Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aven-

turas, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita [1] á tomar mis armas.

El del Verde Gabán que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía con dos ó tres banderas pequeñas que le dieron á entender que el tal carro debía de traer hacienda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo:

—Hombre apercibido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho, le pidió la celada; al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que parece que me se ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza! Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.

1 El verbo *necesitar* ordinariamente significa *tener necesidad*, y es neutro ó de estado; pero otras veces, aunque son las menos, significa *obligar*, y es activo. CLEMENCÍN.

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver que cosa era la que por encanto, á su parecer, le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas dijo:

—Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. Á lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho:

—Si son requesones démelos vuesa merced, que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¡Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habéis el atrevido! Á la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas, pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera antes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser, dijo Don Quijote. Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado Don Quijote la cabeza, rostro, barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos requiriendo [1] la espada y asiendo la lanza, dijo:

1 *Requerir la espada* es ver si está pronta para servir, empuñándola y sacándola un tanto hacia fuera de la vaina.

—Ahora venga lo que viniere, que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, con el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quijote delante y dijo:

—¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas? Á lo que respondió el carretero:

—El carro es mío: lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la Corte presentados á su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tanto, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como estos ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. Á lo que dijo Don Quijote sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos á mí? ¿Á mí leoncitos y á tales horas? Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré á conocer quien es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían.

—Tá, tá, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo, dado há señal de quién es nuestro buen caballero: los reque-

sones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y díjole:

—Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero, le dijo: ¡Voto á tal, don Bellaco, que si no abrís luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

—Señor mío, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones; porque si me

las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fe! respondió Don Quijote; apéate, y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar de esta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces:

—Seánme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren, corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar á Dios acometer tal disparate.

Á lo que respondió Don Quijote, que el sabía lo que hacía.

Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendía que se engañaba.

—Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente de esta, que, á su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo.

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos, le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

—Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verda-

dero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo menos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho y déjame; y si aquí muriese, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea, y no te digo más.

Á estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gabán oponérsele: pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco; que ya se le había parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo á dar priesa al leonero y á reiterar las amenazas, dió ocasión al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor; que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le había requerido é intimado; el cual respondió que lo oía, y que no se curase de más intimaciones y requirimientos, que todo sería de poco fruto... y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo: y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se

espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea.

Y es de saber que llegando á este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice:

—¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León [1], que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creible á los siglos venideros? ó ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todas las hipérboles? Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con una sola espada, y no de las del perrillo [2] cortadoras; con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que

1 Cuéntase de este caballero que mientras unas damas estaban mirando unos leones que del Africa habían enviado al Rey Don Fernando se les cayó un guante dentro de la jaula, y el valiente caballero abrió la leonera, sacó el guante y lo devolvió á su dueña.

2 Se las llamaba así porque tienen por marca un perro pequeño grabado en la hoja.

habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podía dejar de soltar el león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual apareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venía echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro, hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes con los ojos hechos brasas: vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y que le irritase para echarle fuera.

—Eso no haré yo, respondió el leonero; porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en

todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada. Ningún bravo peleante, según á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad, respondió Don Quijote; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y encantamentos á fuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y Don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo:

—Que me maten, si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote que los llamaba.

Finalmente volvieron al carro; y en llegando dijo Don Quijote al carretero:

—Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á pro-

seguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, había permitido que la puerta se cerrase.

—¿Qué te parece de esto, Sancho? dijo Don Quijote. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la Corte se viese.

—Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el *Caballero de los Leones;* que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido el *Caballero de la Triste Figura;* y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían ó cuando les venía á cuento.

Siguió su camino el carro, y Don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo. En todo este

tiempo no había hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No había aun llegado á su noticia la primera parte de su historia; que si la hubiera leído cesara la admiración en que le ponían sus hechos y sus palabras, que ya supiera el género de su locura; pero como no la sabía, ya le tenía por cuerdo y ya por loco; porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía disparatado, temerario y tonto, y decía entre sí:

—¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?

De estas imaginaciones y de este soliloquio le sacó Don Quijote, diciéndole:

—¿Quién duda, señor Don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar con felice suceso á un bravo toro; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasear la tela en alegres justas delante del pueblo; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las Cortes de sus príncipes; pero sobre todos estos, parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las

selvas y por los montes, anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva en palacio el cortesano, autorice la Corte de su rey con libreas [1], sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, buen cristiano sobre todo, y de esta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y del invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni le atemoricen endriagos; que buscar estos, acometer aquellos y vencerlos todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, aún cuando conocí ser temeridad exorbitante;

1 Según opinión de algunos dábase el nombre de *librea* á los regalos que los reyes y príncipes solían hacer á sus criados y pajes en las grandes solemnidades, como Pascua, Navidad, etc. Los cuales consistían en ropas, vestidos, etc. Según otros eran los vestidos de diferentes colores con que se presentaban los diversos partidos en los torneos. También se ha creído que esto dió origen á los uniformes militares.

porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal, que el avaro, así es más fácil quedar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal caballero es temerario y atrevido, que no, el tal caballero es tímido y cobarde.

—Digo, señor Don Quijote, respondió Don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razón, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos prisa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, señor Don Diego, respondió Don Quijote; y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de Don Diego, á quien Don Quijote llamaba *el Caballero del Verde Gabán*.

CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes.

Halló Don Quijote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle [1]; la bodega en el patio, la cueva en el portal [2]; y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso [3], le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea, y suspirando y sin mirar lo que decía, ni delante de quien estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios quería [4].

¡Oh Tobosescas tinajas, que me habéis traído á la me-

1 Prerrogativa de los nobles que en aquel tiempo pocos dejaban de usar.

2 La bodega y la cueva son oficinas subterráneas. Su diferencia consiste en que la bodega donde se guarda la cosecha del vino y por los hálitos desagradables y nocivos que á veces despide, debe estar al raso; y la segunda es como una despensa donde se guardan el tocino, el vino embotellado y otras cosas que conviene conservar al fresco. CLEMENCÍN.

3 Fabricábanse y se fabrican aun en el día tinajas en el Toboso, siendo la principal industria de este pueblo de la Mancha. BASTÚS.

4 Versos del décimo soneto de Garcilaso y que como se observó ya en la primera parte, tomó este de Virgilio, cuando Dido, al ver las armas de Eneas, exclama:

Dulcens exuviæ dum fata deusque sinebant.

moria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta, hijo de Don Diego, que con su madre había salido á recibirle, y madre é hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de Don Quijote, el cual, apeándose de Rocinante, fué con mucha cortesía á pedirles las manos para besárselas, y Don Diego dijo:

—Recibid, señora, con vuestro sólito [1] agrado al señor Don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó [2] con el estudiante, que en oyéndole hablar Don Quijote, le tuvo por discreto y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones.

Entraron á Don Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones [3] y en jubón de camuza, todo bi-

1 Pudiera ocurrir que *sólito* era arcaismo, y que Cervantes lo ponía en boca de D. Diego de Miranda, como propio del estilo caballeresco, donde es frecuente el uso de arcaismos... pero... *sólito* no debe calificarse de arcaismo, sino como italianismo, como otros del Quijote. CLEMENCÍN.

2 Esto es, tuvo.

3 Esto es, con la ropa interior que también se llamaba *farseto*.

sunto con la mugre de las armas; el cuello era valona, á lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguíes eran datilados [1] y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí [2] de lobos marinos (que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones); cubrióse un herreruelo de buen paño pardo... pero antes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro; y todavía se quedó el agua de color de suero, merced á la golosina de Sancho, y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donaire y gallardía, salió Don Quijote á otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerlo en tanto que las mesas se ponían; que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen.

En tanto que Don Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar Don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de Don Diego) de decir á su padre:

—¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído á casa? que el nombre, la figura, y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos.

Valones es lo mismo que *calzones* á la flamenca, que solían ser anchos y que tenían este nombre por habernos venido su uso de Flandes cuyas provincias además de Países Bajos eran también llamados *Valonas* y *valones* sus habitantes.

1 Calzado morisco que con frecuencia era de color amarillo y entonces se llamaba *datilado.*

2 Cinto que cuelga del hombro derecho y pasa por debajo del brazo izquierdo.

—No sé lo que te diga, hijo, respondió Don Diego; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos. Háblale tú y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discreción ó tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.

Con esto se fué Don Lorenzo á entretener á Don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo Don Qnijote á Don Lorenzo:

—El señor Don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser, respondió Don Lorenzo; pero grande, ni por pensamiento. Verdad es que yo soy algún tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, respondió Don Quijote; porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepción, respondió Don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos, respondió Don Quijote: pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son lo que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre le lleva el favor ó la gran calidad de la persona;

el segundo se lo lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias [1] que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero.

—Hasta ahora, dijo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante, y díjole: Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas. ¿Qué ciencias ha oído?

—La de la caballería andante, respondió Don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aún dos deditos más.

—No sé que ciencia sea esa, replicó Don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mi noticia.

—Es una ciencia, replicó Don Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa clara y distintamente adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuantas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teolo-

1 O sea el grado de Licenciado.

gales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao [1]; ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha da guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante; porque vea vuesa merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa [2] la que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los gimnasios y escuelas se enseñan.

—Si eso es así, replicó Don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas.

—¿Cómo si es así? respondió Don Quijote.

—Lo que yo quiero decir, dijo Don Lorenzo, es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes y adornados de virtudes tantas.

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote; que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él

1 Llamóse comúnmente *Pesce-Cola* (Pez Nicolás). Era según se cuenta, natural de Catania y estaba más en el agua que en tierra; pasaba *nadando* de Sicilia al continente y de este á Sicilia; hablaba en alta mar con los marineros de los buques, los llamaba por su nombre, comía con ellos, y después llevaba sus noticias y recados á tierra, hasta que un día que había concurrido mucha gente á ver sus habilidades, el Rey de Nápoles D. Fadrique, que á la sazón estaba en Mesina, arrojó al mar una taza de oro, y echándose Nicolás á sacarla, no pareció más.

2 Esto es, pueril, frívola, despreciable.

caballeros andantes; y por parecerme á mí que si el cielo milagrosamente no les da á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la esperiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es, rogar al cielo le saque de él, y le dé á entender cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasades siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo.

—Escapado se nos ha nuestro huésped, dijo á esta sazón entre sí Don Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo sería mentecato no flojo si así no lo creyese.

Aquí dieron fin á su plática, porque los llamaron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo que había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió:

—No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos.

Fuéronse á comer y la comida fué tal como Don Diego había dicho en el camino que la solía dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó Don Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejaba un monasterio de cartujos.

Levantados, pues, los manteles y dadas gracias á Dios y agua á las manos, Don Quijote pidió ahincadamente á Don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. Á lo que él respondió:

—Por no parecer de aquellos poetas que cuando les

ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan [1], yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho.

—Un amigo mío discreto, respondió Don Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos, y la razón, decía él, era que jamás la glosa podía llegar al testo, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba; y más que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor Don Quijote, dijo Don Lorenzo, que deseo coger á vuesa merced en un mal latín continuado y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo, respondió Don Quijote, lo que vuesa merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

—Yo me daré á entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento á los versos glosados y á la glosa, que dicen de esta manera:

Si me *fué* tornase á *es*,
Sin esperar más *será*,
O viniese el tiempo ya
De lo que será después.

1 Esto mismo dice Horacio de los cantores en los siguientes versos con que comienza la tercera sátira:

Omnibus hoc vitium est cantaribus, inter amicos
Ut numquam inducant animum cantare, rogati;
Injussi numquam desistant.

Glosa.

Al fin, como todo pasa,
Se pasó el bien que me dió
Fortuna, un tiempo no escasa,
Y nunca me la volvió
Ni abundante ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
Fortuna, puesto á tus piés;
Vuélveme á ser venturoso,
Que será mi ser dichoso,
Si me fué tornase á es.

No quiero otro gusto ó gloria,
Otra palma ó vencimiento,
Otro triunfo, otra victoria,
Sino volver al contento,
Que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá
Fortuna, temblando está
Todo el rigor de mi fuego,
Y más si este bien es luego,
Sin esperar más será.

Cosas imposibles pido
Pues volver el tiempo á ser
Después que una vez ha sido,
No hay en la tierra poder
Que á tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
Ligero, y no volverá,
Y erraría el que pidiese
O que el tiempo ya se fuese
O viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
Ya esperando, ya temiendo,
Es muerte muy conocida,
Y es mucho mejor muriendo
Buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
Acabar; más no lo es,
Pues con discurso mejor
Me da la vida el temor
De lo que será después.

En acabando de decir su glosa Don Lorenzo, se levantó en pie Don Quijote, y en voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenso, dijo:

—¡Viven los cielos, donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que viven de París, Bolonia y Salamanca! ¡Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaete y las Musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas! Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso de vuestro admirable ingenio.

¿No es bueno que dicen que se holgó Don Lorenzo de oirse alabar de Don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, á cuanto te extiendes y cuan dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote diciéndole un soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe.

—¡Bendito sea Dios, dijo Don Quijote, habiendo oído el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da á entender el artificio de este soneto!

Cuatro días estuvo Don Quijote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen tratamiento que en su casa había recibido; pero por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo, se quería ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenía noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación, y le dijeron que tomase de casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesión suya.

Llegóse en fin el día de su partida, tan alegre para Don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveídas alforjas; con todo esto las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció. Y al despedirse dijo Don Quijote á Don Lorenzo:

—No sé si he dicho á vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo á decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas.

Con estas razones acabó Don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió, diciendo:

—Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo para enseñarle como se han de perdonar los sumisos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced que, siendo poeta, podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.

De nuevo se admiraron padre é hijo de las entremetidas razones de Don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimentos, y con la buena licencia de la señora del castillo, Don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el Rucio, se partieron.

CAPÍTULO XIX

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se había alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando se encontró con dos clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía como un portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otro cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas [1]. Los labradores traían otras cosas que daban indicios y señal de que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado, y las llevaban á su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían á Don Quijote, y morían por saber que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles Don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañía y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quien era y su oficio y profesión, que era de caballero andante que iba á buscar las aventuras por todas

1 O botones que se ponen en la punta de los floretes, para no causar daño.

partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y por apelativo el *Caballero de los Leones*.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó jerigonza [1], pero no para los estudiantes que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo:

—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda.

Preguntóle Don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

—No son, rospondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora: él, el más rico de toda esta tierra, y ella la más agraciada que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, cuyo nombre es Quiteria, el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de dieciocho años, y él de veintidos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto; que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y

1 Voz hebraico-griega que significa *lenguaje de advenedizos* ó extranjeros, y como lo son los gitanos, se llama *jerigonza*, su lengua particular, o su *germania*. PELLICER.

hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas [1] danzas, así de espadas como de cascabel menudo [2], que hay en su pueblo quien las repique y sacuda por estremo: de zapateadores [3] no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos [4]; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el afecto que á Quiteria cobró desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio; que no tenía tantos bienes

1 Esto es adiestradas, adotrinadas, hechas con maestría.

2 *Danzas de espadas*, eran fiestas propias de labradores muy usadas antiguamente en España. Los que danzaban llevaban espadas desnudas, con las que hacían á compás varias figuras y mudanzas, á veces con no poco peligro de los danzantes y susto de los espectadores.—Danzas *de cascabel menudo* eran aquellas en que, según dice Covarrubias, los danzantes y regocijos se ponen sartales de cascabeles en los jarrales de las piernas, y los mueven al son del instrumento.

3 *Zapatear*, dice el mismo Covarrubias, es bailar, dando con las palmas de las manos en los piés sobre los zapatos al son de algún instrumento y se llama zapateador el que baila de esa manera.

4 Prevenidos amaestrados.

de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin envidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos[1] como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada[2] como el más pintado.

—Por esa sola gracia, dijo á esta sazón Don Quijote, merecía ese mancebo, no sólo casarse con Quiteria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno se case con su igual ateniéndose al refrán que dice: «cada oveja con su pareja.» Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria; que ¡buen siglo hayan, y buen poso[3] (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que se quieren!

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elección y jurisdicción á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer

1 *Birlar*, lance del juego de bolos: tirar otra vez la bola desde el primer paraje en que se paro.

2 Es decir, tira de ella y la maneja con la mayor agilidad y destreza en las danzas.

3 *Buen siglo hayan y buen poso. Siglo* significa la vida eterna y *poso* es el reposo ó descanso de los difuntos.

bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín [1], que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere uno hacer un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta al paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en todas partes, como es la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadería que, una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó se cambia; porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida; es un lazo que si una vez le echáis al cuello, se vuelve el nudo gordiano [2], que

1 Era el que hacia alarde y tenía como por oficio promover y sostener pendencias y desafíos.

2 Divididos los frigios en bandos que dilaceraban su patria consultaron el oráculo el modo de poner fin á tantos males y les contestó que eligiendo un rey: preguntáronle de nuevo que sobre quien había de recaer la eleccion y les dijo el oráculo que que eligiesen al primero que encontrasen que se dirigiese al templo de Júpiter montado en un carro. El primero que encontraron fué un labrador llamado Gordio á quien proclamaron rey en el instante y él en memoria de este suceso consagró y colocó en el templo de Júpiter el carro en que iba montado. Fue el caso que las cuerdas con que se ataba el yugo se enredaron formando un nudo tan complicado que no parecía poder deshacerlo. Cuéntase que más adelante el oráculo declaró que el que lo desatase tendría el imperio de Asia. Pasando por allí Alejandro Magno en su expedición contra Darío quiso ver el carro célebre por sus *nudos* creyendo que se reservaba para él la promesa del oráculo. Examinóle detenidamente y después de haber intentado en vano desatarlo sacó la espada y lo cortó diciendo: tanto importa cortarlo como desatarlo: todo es deshacerlo.

si no le corta la guadaña de la muerte, no hay que desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbaran el deseo que tengo de saber si le queda más que decir, señor licenciado, acerca de la historia de Basilio.

A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó Don Quijote:

—De todo no me queda más que decir, sino que, desde el punto que Basilio supo que Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más se le ha visto reir ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste y habla entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino una estatua vestida, que el aire mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos, que al dar el *sí* mañana Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios que da la llaga da la medicina; nadie sabe lo que está por venir; de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento, se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo en un mismo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el *sí* y el *no* de la mujer, no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no me cabría. Denme á mí que Quiteria quiera de buen corazón y buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura;

que el amor, según yo he oído decir, mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las legañas perlas.

—¿Adónde vas á parar Sancho? dijo Don Quijote, que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no hay quien te pueda entender. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—Oh, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates, pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos.

—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje.

—No se apunte [1] vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Sí, que ¡válgame Dios! no hay para que obligar al sayagüés [2] á que hable como el toledano, y toledanos puede haber que las corten en el aire [3] en esto de hablar polido.

1 Quiere decir *no se enfade*. Ahora decimos *repuntar* aludiendo al vino, del cual se dice que se *repunta* cuando se empieza á tener y tiene *una punta* de vinagre.

2 Natural de Sayugo territorio entre Zamora y Ciudad-Rodrigo que se compone de sesenta pueblos. Sus habitantes eran toscos en el habla como en el vestido. Su lenguaje era una especie de dialecto corrompido y además desfigurado por la rústica pronunciación de los naturales. Sancho opone el lenguaje sayagüés al toledano, dando al uno por extremo de rusticidad y al otro por extremo de cultura, si bien manifiesta al propio tiempo que también en Toledo habría quien hablare mal.

3 Frase metafórica con que demostramos la prontitud y fa-

—Así es, dijo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el cláustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante, el claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majoholanda [1]; dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes.

—Si no os picárais más de saber menear las negras [2] que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevárais el primero en licencias como llevásteis cola.

—Mirad, Bachiller Corchuelo, respondió el Licenciado, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la espada, teniéndola por vana.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la esperiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de piés, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencias; que yo espero de haceros ver las estrellas á medio día [3] con mi destre-

cilidad de alguno en dar salidas ó respuestas agudas á cualquiera cosa que se dice ó de que se le hace cargo.

1 Otro ejemplo de rusticidad Majoholanda es un pueblo de corto vecindario que está tres leguas noroeste de Madrid.

2 Se llamaban *negras* las espadas con botones en las puntas con que aprendían en la escuela de esgrima.

3 Se dice *hacer ver las estrellas* á otro el que con algún golpe le

za moderna y zafia, en quien espero después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.

—En eso de volver ó no las espaldas, no me meto, replicó el diestro [1], aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo.

—No ha de ser así [2], dijo á este instante Don Quijote; que yo quiero ser el maestro de esta esgrima, y el juez de esta no muchas veces averiguada cuestión, y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de piés, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos.

Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectadores en la mortal tragedia.

Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles [3] que tiraba Corchuelo, eran sin número, más

causa un dolor vehemente y repentino. Se funda esta expresión en que al recibir el golpe, suele parecer que se ven como unas luces á manera de estrellas.

1 Como sustantivo significa al que es hábil en las armas ó esgrima.

2 Esto es no ha de ser con tan poca formalidad uno con solemnidad, con maestro y juez que falle en la cuestión.

3 *Cuchillada*, nombre general, golpe dado con la espada, no

espesos que hígado, y más menudas [1] que granizo. Arremetía como un león irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia lo detenía, y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias suelen besarse. Finalmente, el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de la media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo [2]; derribóle el sombrero dos veces, y cansólo de manera que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por la empuñadura y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua; el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte.

Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo:

—A fe, señor Bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgri-

siendo de punta, en cuyo caso es llamada *estocada*. *Altibajo* golpe dado con la espada de alto á bajo. *Revés* golpe dado diagonal ú oblicuamente con la espada de izquierda á derecha, á distinción de *tajo* que es de derecha á izquierda. *Mandoble*. golpe dado con la espada á dos manos, ó doblando la mano. CLEMENCÍN.

1 Menudas está por *menudeadas*, frecuentes, repetidas, porque *menudas*, más bien significa *pequeñas*. Y en todo caso estuviera mejor *menudos* que, *menudas*, porque los sustantivos con que conciertan los adjetivos *espesas y menudas* son unos femeninos y otros masculinos, y aún éstos son los más inmediatos. ID.

2 Ordinariamente se compara con las colas ó rabos de pulpo cuando alguno trae el manteo desarrapado y lleno de lodos.— *Pulpo* viene sin duda de *polypus*, por los muchos piés ó brazos que tiene este zoofito.

mir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que de estos á quien llaman diestros, he oído decir que meten una punta de espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la esperiencia la verdad, de quien tan lejos estaba. Y levantándose abrazó al Licenciado, y quedaron más amigos que antes, y no quisieron esperar al escribano que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho; y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido, pero antes que llegasen, les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas, y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban llenos de luminarias, á quien no ofendía el viento, que entonces no soplaba, sino tan manso que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio, donde unos bailando, otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que

por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas, que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el Bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de Don Diego.

CAPÍTULO XX

Donde se cuenta las bodas de Camacho el rico con el suceso de Basilio el pobre.

Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aún todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

—Oh tú, bienaventurado sobre la haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos. Duermes, digo una vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden á más que á pensar en tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor

que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, y ni despertara tan presto, si Don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo:

—De la parte de esta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, en verdad que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón, dijo Don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Mas haga lo que quisiere, respondió Sancho, no fuera él pobre y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? Á la fe, señor yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, allá que las tenga el conde Dirlos [1]; pues cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen [2] dinero, tal sea mi vida

1 Uno de los personajes que más figuran en los libros de caballerías.

2 *Bueno* suele tener á veces la equivalencia de *mucho*.

como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto, antes que esta última vez saliésemos de casa, que uno de ellos fué que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido con el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió, Don Quijote, de tal capítulo, y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana. y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda á Rucio, subieron los dos y paso ante paso se fueron entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo: y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña; y seis ollas, que al rededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabía [1] un ras-

1 *Caber* significa generalmente *poder ser contenida una cosa dentro de otra:* aquí es *poder contener.*

tro [1] de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros [2] de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla; y dos calderas de aceite, mayores que las de un tinte, servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban y zabullían en otra caldera de preparada miel, que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos [3] por encima servían de darle sabor y enternecerle. Las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar á un ejército; todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien

1 Lugar público donde se matan las reses para el abasto del pueblo.

2 Rimero es la reunión ó conjuntos de cosas ordenadamente unas sobre otras.

3 No eran los lechones los que estaban cosidos, sino el novillo en cuyo vientre se hallaban aquellos.

él tomara de bonísima gana un mediano puchero, luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se pueden llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió:

—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos, y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno, respondió Sancho.

—Esperad, dijo el cocinero. ¡Pecador de mí, y que melindroso y para poco debéis de ser! Y diciendo esto asió un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo; desayunaos con esta espuma [1] en tanto que se llega la hora del yantar [2].

—No tengo en qué echarla, respondió Sancho.

—Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba á Sancho, estaba Don Quijote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas; con ricos y vistosos jaeces de campo y cascabeles en los petrales [3], y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron,

1 La espuma que decía eran las tres gallinas y lo dos gansos.

2 La hora de comer.

3 Como si se dijera *pectoral*, la correa ancha que pasando por delante del pecho del caballo, está asida por sus dos extremidades á la silla.

no una, sino muchas carreras sobre el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: «Vivan Camacho y Quiteria la agraciada. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo:

—El Rey es mi gallo [1], á Camacho me atengo.

—En fin, dijo Don Quijote, bien se parece Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence!

—No sé de los que soy, respondió Sancho, pero bien sé que nunca de las ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donaire y gana y dijo:

—A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales como tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo á decir, que á Camacho me atengo de cuyas ollas son abundante espuma gansos y gallinas, liebres y conejos; y las de Basilio serán si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle [2].

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo Don Quijote.

—Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo

1 Expresión que significa al Rey me atengo, aténgome al poder y á la riqueza.

2 Licor vinoso que se hace echando agua en el orujo de la uva después de exprimida. También se llama así el vino que se hace con el zumo ó chinle de uvas silvestres.

que vuesa merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días.

—Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera.

—Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuesa merced se muera estaré yo mascando barro; y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el día del juicio.

—Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió Don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes que hablar en tu vida [1], y más, que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya y así jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien toma cordero como carnero; y á nuestro cura he oido decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los po-

1 Esta contestación de Don Quijote recuerda el Epitafio que se puso á una señora muy habladora el cual decía:

Aquí yace sepultada
La más que noble señora,
Que en su vida punto ni hora
Tuvo la boca cerrada:
Y es tanto lo que habló
Que aunque más no ha de hablar
Nunca llegará el callar
A donde el hablar llegó.

bres [1]. Tiene esta señora más de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gente, edades y preeminencias hinche sus alforjas, no es segador que duerme las siestas, que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba: y no parece que masca, sino que engulle y traga todo cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta y aunque no tiene barriga, dá á entender que está hidrópica y sedienta de beberse so.a todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

—No más Sancho, dijo á este punto Don Quijote; tente en buenas [2] y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes natural, tuvieras discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano é irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, yo no sé otras teologías.

—Ni las has menester, dijo Don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar como siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú que temes más á un lagarto que á Él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced

1 Sentencia de Horacio.

Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas
Regumque turres.

2 Esto es tente en las buenas palabras ó expresiones.

despabilar [1] esta espuma, que lo demás son todas palabras ociosas de que nos han de pedir cuenta en la otra vida, y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

1 *Despabilar* es *hacer* desaparecer con brevedad como se despabila una luz, que es cosa de un momento. Es metáfora usada por nuestros escritores. CLEMENCÍN.

CAPÍTULO XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Cuando estaban Don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanlas los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venían acompañados del Cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo:

A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega; y que según diviso, las patenas [1], que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde [2] de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco de raso! Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh y que cabellos! que si no son postizos, no los he visto más luengos, ni más rubios en toda mi vida. No, sino ponedle tacha en el brío y en el talle, y no la com-

1 Son láminas de metal, ordinariamente con alguna imagen, que llevaban pendientes de la garganta las señoras en los tiempos antiguos.

2 Especie de paño que se labra particularmente en Cuenca.

paréis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Por cierto que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes [1]. Venía Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Íbanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto, oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decía:

—Esperaos un poco, gente tan nconsiderada como presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesí á llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés [2]; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

1 Estos bancos son unos ribazos de arena que ciñen las costas de Flandes, y como con el embate ó corriente de las aguas se acrecientan o disminuyen de un momento á otro, es de la mayor dificultad y muy expuesto el navegar por ellos, y de aquí es que era para pocos y tenido como cosa de mucho mérito el navegar por ellos sin encallar ó experimentar otra clase de avería.

2 Los griegos conservaron el uso que pueblos más antiguos habían hecho de él, poniéndolo en los sepulcros y monumentos fúnebres. Sus hojas oscuras y lúgubres, y su figura piramidal y monótona excitaron siempre la melancolía y la tristeza.

Llegó en fin cansado y sin aliento; y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente [1] y ronca estas razones dijo:

—Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenía; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro cuyas riquezas le sirven no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura! Y diciendo esto asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad de él en la tierra, mostró que servía de vaina á á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadurá en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

1 Verbal que equivale á *trémulo*, aunque es poco usado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dejando Don Quijote á Rocinante, acudió á sostenerle y le sostuvo en sus brazos, y halló que aún no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el Cura que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo.

Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada, dijo:

—«Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

El Cura, oyendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. Á lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón; y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un *sí*, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que con-

sintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperada de esta vida, que le movieron y aún forzaron á decir, que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el Cura no le dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

Entonces Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas y no por palabras.

Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo:

—¡Oh Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan aprisa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía! que la mano que me pides y quieres darme, no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, si no que confieses y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me

la das como á tu legítimo esposo, pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimiento con quien tantas veces ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo, te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto.

—Sí, doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el Cura, tierno y lloroso les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen paso al alma del nuevo desposado... el cual así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir:

—¡Milagro, milagro! Pero Basilio replicó:

—No milagro, milagro, sino industria, industria.

El Cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el Cura y Camacho con todos los demás circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnecidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo. De lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que arremetieron á Basilio, en cuyo favor vinieron casi otros tantos; y tomando la delantera á caballo Don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto con su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto.

Don Quijote á grandes voces decía:

—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada de usar ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio,

y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico, Basilio no tiene más de esta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta de esta lanza. Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedaron Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados; culpando más á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado, que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada [1], todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sus secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á sólo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado

1 Compañía de gente mantenida y pagada por alguna persona á quien sigue.

de aguardar la expléndida comida y fiestá de Camacho, que duraron hasta la noche; y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba; y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote.

Grandes fueron y muchos los regalos[1] que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

—No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinión fué de no sé que sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así vivirá contento. Yo no soy casado ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo eso me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo

1 Verso endecasílabo.

que había de buscar mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena sino con parecerlo, que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla que no es muy hacedero pasar de un estremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho, y dijo entre sí:

—Este mi amo cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos é irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo de él que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á que quieres boca [1]. ¡Válgate la fortuna, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánimo que sólo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.

Murmuraba esto alto Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho, sólo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora: el buey suelto bien se lame.

1 A pedir de boca, según el deseo de uno.

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo Don Quijote.

—No es muy mala, respondió Sancho, pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja.

Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado le diese un guía, que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ellas se decían por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina, cuya albarda cubría un gayado [1] tapete ó arpillera.

Ensilló Sancho á Rocinante, y aderezó al Rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del pri-

1 Cubierta de albarda, ó manta ordinaria, que por ser de diferentes colores se llamaba *gayada*. Según Covarrubias *gayado* es la mezcla de diferentes colores que matizan unos con otros y que *gayo* equivale á alegre, apacible, galán, de donde se dijo *papagayo*, por la variedad de colores y de visos del pecho. La raíz de este vocablo es el latino *gaudeo*. La poesía ó el arte de trovar, como ejercicio alegre y apacible se llamó también la *gaya ciencia*.

mo, asimismo bien proveídas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó Don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios; á lo que él respondió que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios, componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que uno que se intitulaba *El de las Libreas,* donde pinta setecientas y tres libreas con sus coloress motes y cifras, de donde podían sacar y tomar las que quisieren en tiempos de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos sin andarlas mendigando de nadie, ni alambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones; porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que le convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también á quien he de llamar *Metamorfóseos* [1], ó *Ovidio Español,* de invención nueva y rara; porque en él imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla [2] y el angel de la Magdalena [3],

1 Palabra que viene del griego, donde significa *transformación.* El poeta latino Ovidio Nasón escribió en quince libros el poema de la *Metamórfosis,* que fué la principal de sus obras. El asunto del poema es describir las transformaciones mitológicas de personas, plantas y animales.

2 En las notas del capítulo XIV se ha dicho lo referente á la Giralda de Sevilla.

3 Hay en Salamanca una parroquia cuya torre tenía por veleta un ángel con un pomo en una mano y una cabellera en la otra, con alusión al pomo ó vasija de bálsamo de que se sirvió la Magdalena para ungir los piés del Señor, y á la cabellera con que la enjugó. CLEMENCÍN.

quien el caño de Vecinguerra de Córdoba [1], quienes los toros de Guisando [2], la Sierra Morena [3], las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid [4], no olvidándome de la del Piojo [5], de la del Caño dorado y de la Priora [6], y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro* [7], que trata de la invención de las cosas; que es de grande erudición y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico [8], y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinticinco autores, porque vea vuesa merced si he trabaja-

1 Es un albañal por donde caen al Guadalquivir las aguas llovedizas de la calle del Potro, la más meridional de Córdoba y la más inmediata al río pasando casi por debajo de la Parroquia de S. Nicolas de Ajerquia. Id.

2 Véase la nota 2, página 152 de este tomo.

3 Por sus breñas, por su despoblación, por sus latrocinios, por haber sido por mucho tiempo la línea de división de las Españas cristiana y árabe, pudo prestar motivos de ficciones agradables á la imaginación é inventiva de los escritores. Id.

4 El campo de Leganitos, caía al noroeste de Madrid donde ahora la calle de este nombre. En tiempo de Felipe III y de Felipe IV se llamaba barrio de *Lavapies* el que ahora se llama de *Avapies.*

5 Estaba, según dice Pellicer, en el Prado cerca de la puerta del convento de PP. Recoletos.

6 Otra fuente que estaba en medio del Prado en Madrid.

7 Escritor italiano que escribió un tratado *De rerum inventoribus,* dividido en ocho libros.

8 Era esta una enfermedad que antiguamente se llamó también *mal francés.*

do bien y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento á la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros, sabríame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza? Que yo para mí tengo que debió ser nuestro padre Adán.

—Sí sería, respondió el primo, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos y manos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo, respondió Sancho, pero dígame ahora: ¿quién fué el primer volteador del mundo?

—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo á donde tengo mis libros, y os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, reñor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando lo echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tenéis razón, amigo, dijo el primo, y dijo Don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno la has oído decir.

—Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.

—Más has dicho Sancho de lo que sabes, dijo Don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.

En estas y en otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado entrar en ella, era menester proveerse de las sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver donde paraba; y así compraron casi cien brazas de soga, y otro día á las dos de la tarde llegaron á la cueva cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas tan espesas é intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren.

En viéndola se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos ataron luego fortísimamente con las sogas: y en tanto que le fajaban y ceñían le dijo Sancho:

—Mire vuesa merced, señor mío, lo que hace; no se quiera sepultar en vida ni se ponga á donde parezca frasco que le ponen á enfriar en algún pozo. Sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser escudriñador de esta, que debe ser peor que mazmorra.

—Ata y calla, respondió Don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

Y entonces dijo la guía:

—Suplico á vuesa mesced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allí den-

tro; quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones.

—En manos está el pandero, que le sabrán tañer [1], respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés sino sobre el jubón de armar), dijo Don Quijote:

—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas é hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura; y en voz alta dijo luego:

—¡Oh señora clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he de menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me presenta, sólo porque conozca al mundo que no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe, y en diciendo esto se acercó á la sima.

Vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así, poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban; con cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote

1 Refrán con que se pondera la habilidad propia ó la de otras personas.

en el suelo, y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y escusara de encerrarse en lugar semejante.

Finalmente se levantó, y viendo que no salían más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueren murciélagos, que asímismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—Dios te guíe y la Peña de Francia [1] junto con la Trinidad de Gaeta [2], flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce. Dios te guíe otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz de esta vida que dejas, por enterrarte en esta oscuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

1 Entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo hay un altísimo monte llamado, no se sabe por qué, Peña de Francia. En su cima y á pricipios del siglo XV un francés llamado Simón Vela descubrió una imagen de la Santísima Virgen en cuyo honor se edificó al principio una ermita y después un convento de Dominicos en el que se daba hospitalidad á los peregrinos. Extendióse la devoción á la sagrada imagen de tal manera que no sólo iban á venerarla los del país sino de muy lejos entre otras la princesa Doña Leonor, esposa ds Enrique IV. Como era muy intenso el frio en lo alto de la montaña fué preciso edificar al pie otro convento donde habitaban durante el invierno los frailes, quedándose solamente arriba los precisos para cuidar del culto de la imagen y aseo de la iglesia. Ambos conventos quedaron abandonados y desiertos en tiempo de la guerra de la Independencia, durante el cual la piedad de los fieles tuvo oculta la devota imagen y pasada la cual esta á vuelto á donde estaba.

2 La Trinidad de Gaeta es un monasterio fundado por el Rey D. Fernaddo de Aragón en Gaeta, ciudad marítima de Nápoles y que suele ser visitado por los marinos que navegan por aquellos mares, é invocado por los que le ven desde alta mar.

Iba Don[1] Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oirse, y ellos tenían descolgadas las cien brazas de cuerda, fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como una hora; al cabo del cual espacio volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y miraba con mucha priesa por desengañarse: pero llegando á su parecer á poco más de las ochenta brazas sintieron peso que en estremo se alegraron.

Finalmente á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole:

—Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mío; que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondía palabra Don Quijote, y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido.

Tendiéronle en el suelo y desliáronle; y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí desperezándose bien, como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando á una y otra parte, como espantado, dijo:

—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora aca-

1 Según dice Don Quijote en el cap. siguiente daba voces no para que le diesen soga sino para lo contrario.

bo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra ó sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotros sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros ojos!

Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno le llamáis? dijo Don Quijote, pues no le llaméis así, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde hierba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo Don Quijote de la Mancha:

—No se levante nadie, y estadme: hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que el estremado Don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serían cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos [1] oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente [2]:

—A obra de doce ó catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, á la derecha mano [3] se hace una con-

1 Epiteto de festiva aplicación á dos personas que tan lejos estaban de merecer tanto cumplimiento. Con la misma ceremonia trató, según veremos después Montesinos á Don Quijote; diciéndole: *Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcazar solapa.* Así quedaron iguales los tres.

2 Hablando D. Vicente de los Ríos de esta aventura de la cueva de Montesinos dice: «que si se considera la delicada unión de lo extraordinario, lo ridículo y lo verosimil de él se conocerá el ingenio, el arte y la fecundidad prodigiosa de su autor.»

3 La cueva llamada de Montesinos está en el término de la Osa de Montiel; muy cerca del camino que va desde esta villa á la ermita de San Pedro de Saelices, contigua á la laguna del mismo nombre, una de las de Ruidera. La cueva dista unos mil pasos de la Laguna. Llamábase de Montesinos ya desde antiguo, según se ve por las relaciones topográficas formadas en el reinado de Felipe II. En la actualidad la boca de la cueva mira á

cavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrales una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que de lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella oscura región abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrar en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese; pero no debisteis de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábedes; y haciendo de ella una rosca ó rimero, me senté sobre él, pensativo además considerando lo que hacer debía para calar [1] al fondo, no teniendo quien me sustentase, y estando en este pensamiento y confusión, de repente

Levante, es muy espaciosa y tiene algunas peñas pero carece de los arbustos de que habla Cervantes. Su piso es en declivio desde la misma entrada y á pocos pasos sobre la izquierda se encuentran el rellano donde se supone estuvo y durmió Don Quijote. Desde aquí se hace más agria la bajada, y á la misma mano izquierda hay otro rellano, no tan grande como el anterior y se sigue bajando hasta dar con el fondo de la cueva que dista como unas sesenta varas de su boca. Allí se encuentra agua que corre de Sur á Norte por espacio lo menos de unas treinta varas, siendo su profundidad de más de vara y media y su anchura de cinco ó seis cuartas, y más ó menos conforme permite la desigualdad del terreno, y la irregularidad y lo peñascoso de lo interior de la cueva. Estas aguas y todas las de aquellos contornos, recogidas en las lagunas de Ruidera, dan nacimiento al Guadiana. El rellano donde durmió y soñó Don Quijote es ahora accesible á pie llano y sirve de asilo á los pastores. CLEMENCÍN.

1 *Calar* por *bajar* se encuentra en la égloga tercera de Garcilaso donde hablando de una ninfa que sacó la cabeza del agua, dice que volvió á meterla:

y al fondo se dejó calar del río

y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber como ni como no, desperté de él y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, muros y paredes parecían de trasparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, ví que por ellas salía y hacia mí se venía, un venerable anciano, vestido con un capuz[1] de bayeta morada, que por el suelo arrastraba, ceñíale los hombros y los pechos una beca[2] de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura. No traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces, asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia[3], cada cosa de

1 Capuz era, dice Covarrubias, una capa cerrada larga que hoy traen algunos por luto, y antiguamente era el hábito de los españoles honrados en la paz, como lo era la toga de los romanos.

2 La beca era antiguamente un traje que cubría la cabeza y que después se redujo á una faja larga que sirve de divisa á los alumnos de los colegios que la llevan ceñida por el pecho y pendiente por atrás de los hombros.

3 *Anchísima*, adjetivo felizmente aplicado, que excita la idea

por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron.

Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme:

—Luengos tiempos há, valeroso caballero de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada por ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo; que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa; de quien yo soy alcaide y guardia mayor perpétuo, porque soy el mismo Montesinos [1], de quien la cueva toma nombre.

Apenas me dijo que era Montesinos cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba: que él había sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazón de su grande amigo

del gran contorno ocupado con su ropaje por una persona, y con ella la de su gravedad y prosopopeya.

1 Llamósele Montesinos por haber nacido entre los montes y así dice el romance:

Pues nació en ásperos montes
Montesinos le dirán.,

El Conde de Grimaltos según los romances antiguos se había criado en el palacio del rey de Francia, quien le dió una hija suya por esposa, pero calumniado por el traidor D. Tomillas, fué privado de sus bienes y desterrado, teniendo que caminar á pie por montes y breñas entre las cuales les nació un hijo que tomando la condesa lo presentó á su marido diciendo:

Tomes este niño, Conde,
y lléveslo á cristianar:
llamédesle Montesinos
Montesinos le llamad.

Durandarte [1], y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fué daga grande ni pequeña, sino un puñal buído, más agudo que una lezna.

—Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramón de Hoces el Sevillano.

—No sé, respondió Don Quijote... pero no sería de ese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote; y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos, tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo:

—Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros valientes de su tiempo; tiénele aquí encan-

1 Primo de Montesinos y hermano del Conde de Drilos. Murió en la rota de Roncesvalles.

tado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador[1], que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo como dicen, un punto más que el diablo[2]. El cómo ó para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que á mí me admira es que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras porque según los naturales[3], el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues, siendo esto así y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando, como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh mi primo Montesinos![4]
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba;
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.»

1 No fué francés sino inglés, pues, nació en el país de Gales que era Inglaterra, y por su saber fué tenido por mago y encantador entre el vulgo.

2 Expresión proverbial para ponderar un ingenio agudo y travieso.

3 Esto es los naturalistas, los que tratan de historia natural.

4 En estos versos copia Cervantes parte de dos romances antiguos que tratan de la muerte de Durandarte.

Oyendo lo cual, el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida. Yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto antes en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primer lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón porque no oliese mal, y fuese, sino fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, á la cual, con vos y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera [1]; las

1 El río Guadiana se forma de las aguas que arrojan de sí las faldas de la parte oriental de Sierra Morena ó Sierra de Alcarraz, las cuales forman por espacio de legua y media lagos profundos que, cayendo sucesivamente unos en otros, empiezan á correr por una madre seguida en el término de la Osa de Montiel, dos leguas antes de Argamasilla de Alba. De un documento del si-

siete hijas son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los dos caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañiendo asimismo vuestra desgracia, fué convertido en un río llamado de su mesmo nombre; el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra [1], pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va, muestra su tristeza y melancolía y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos [2], bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que ahora digo ¡oh primo mío! os lo he dicho muchas veces, y como no

glo XIII aparece que hubo en aquellas inmediaciones un lugar de la Orden de Santiago llamado Ruidera, que probablemente dió á las lagunas su nombre. CLEMENCÍN.

1 Cervantes continuando la ficción acerca del orígen y nacimiento del Guadiana, atribuyó ingeniosamente á la tristeza y melancolía del lastimado escudero, á su odio á la luz del día y al pesar de dejar en la cueva de Montesinos al encantado Durandarte, la singularidad que ofrece en su curso el río, el cual, á poco de correr por su cauce, se hunde como huyendo de la luz del día y se oculta por espacio de siete ú ocho leguas. ID. La primera parte dice de este río que es *celebrado por su escondido curso.*

2 Por eso en un romance de la colección de Pedro de Flores se dice de este río:

Silvestre y amargo río,
cuyas aguas son saladas
y el pescado desabrido.

me respondéis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os lo aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizado el sabio Merlín, aquel Don Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la olvidada andante caballería, por cuyo mérito y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas.

—Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea ¡oh primo! digo, paciencia y barajar [1]; y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin decir más palabra.

Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras; era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez no

1 Expresión común con que se consuela á los poco afortunados en el juego de naipes y en general á los desgraciados.

descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazón de carne mómia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos cómo toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados; y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro días en la semana, hacían aquella procesión y cantaban, ó por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo; y que si me había parecido algo fea ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradizo; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo.

—Cepos quedos [1], dije yo entonces, señor Don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie; la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido... y quédese aquí. Á lo que él me respondió:

—Señor Don Quijote, perdóneme vuesa merced; que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Be-

1 Expresión proverbial con la cual se exhorta á la quietud si se mueven ó al silencio si hablan.

lerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazón del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. Á esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor Don Quijote cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá abajo, haya visto tantas cosas, y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto ha que bajé? preguntó Don Quijote.

—Poco más de una hora, respondió Sancho.

—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y torno á anochecer y amanecer tres veces; de modo que, á mi cuenta, tres días he estado [1] en aquellas partes remotas y escondidas á la vista vuestra.

—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho; que como todas las cosas que le han sucedido son por en-

1 Y aun en rigor cuatro días; porque después de decir que *anocheció y amaneció*, añade que *tornó anochecer y amanecer tres veces.*

cantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será, respondió Don Quijote.

—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mío? preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento.

—¿Y los encantados comen? dijo el primo.

—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—Y ¿duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho.

—No por cierto, respondió Don Quijote; á lo menos en estos tres días que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán, dijo Sancho, de «dime con quien andas, decirte hé quien eres:» ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que no coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuesa merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, le creo cosa alguna.

—¿Cómo no! dijo el primo. ¿Pues había de mentir el señor Don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para imaginar tanto millón de mentiras?

—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.

—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá abajo, le encajaron en el magín [1] ó la memoria toda esa

1 Esto es, *imaginación*.

máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque lo que he contado lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas de este lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos á la salida del Toboso! Pregunté á Montesinos si las conocía; respondióme que no; pero que él imaginaba que debían ser algunas señoras de las principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase de esto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona, la que escanciaba el vino á Lanzarote, cuando de Bretaña vino.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón, y en aciago día, bajó vuesa merced caro patrón mío, al otro mundo,

y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal como Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso decir si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz, ¿cómo, ó en qué conoció á la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?

—Conocíla, respondió Don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara [1]. Quise seguirla; y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la misma. Díjome asimismo que, andando el tiempo, se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban. Pero lo que más pena me dió de las que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo:

1 Arma arrojadiza que se disparaba con arco ó ballesta.

—Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerle saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle, sobre este faldellín que aquí traigo de cotonia, nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere; que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté:

—¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió:

—Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se estiende y á todos alcanza y aun hasta los encantados no perdona. Y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena según parece, no hay sino darselos que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto.

—Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me dístes el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije:

—Decid, amiga mía, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar [1] para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tra-

1 Lo mismo que quisiera ser un millonario, un hombre opulento y poderoso. Los Fúcares fueron unos comerciantes muy conocidos en el mundo especialmente en España.

tar de este su cautivo servidor y asendereado [1] caballero. Diréisle también que, cuando menos se lo piense, oirá cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mántua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en la mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal hasta desencantarla.

—Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella; y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho. ¿Es posible que tal hay en el mundo y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor mío, por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido!

—Como me quieres bien, Sancho, hablas de esa manera, dijo Don Quijote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

1 *Asendereado* según Covarrubias es el que anda corrido y acosado por sendas.

CAPITULO XXIV

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento de esta grande historia [1].

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de él estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

—No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles [2] y verosímiles; pero á esta de la cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Que pensar yo que Don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le

1 *Zarandajas*, vocablo que sólo se usa en plural y en estilo familiar: significa menudencias, cosas menos principales y acaso se quisieron indicar los desperdicios que arroja de sí la *zarandaja* o criba con que se aechan los granos.

Tan impertinentes como necesarias: reunión festiva de dos calidades que se contradicen.

Para el entendimiento, esto es, para la inteligencia.

Aqui *entendimiento* no es la facultad, sino el acto de entender. Clemencín.

2 La palabra *contingibles* pude dudarse que sea castellana. Id.

asaetaran [1]. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así sin afirmarla por falsa ó verdadera la escribo. Tú lector, pues eres prudente, juzga lo que pareciere, que yo no debo ni puedo más, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retractó de ella, y dijo que él la había inventado, por parecer que le convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.»

Y luego prosigue diciendo:

—Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecían molerle á palos [2], porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo:

—Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas: la primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad; la segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español* que traigo entre manos; la tercera, entender la antigüedad de los naipes, que

1 Era común entonces condenar á uno á ser asaetado ó morir traspasado por saetas que le disparaban con arcos ó ballestas.

2 Mejor dicho estaría, *que merecían se le moliese á palos*, porque no eran las palabras ni las razones las que habían de apalearle.

por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: *paciencia y barajar*. Y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades;* y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando á autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte; la cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes [1].

—Vuesa merced tiene razón, dijo Don Quijote; pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, (que lo dudo), á quien piensa dirigirlos.

—Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo.

—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores [2]. Un príncipe conozco

1 El nacimiento del Guadiana que, según aquí se dice, ignoraban las gentes no es el nacimiento físico y material que, estando á la vista, no podía ser ignorado, sino el mitológico que le asignó Cervantes, esto es: la transformación del escudero Guadiana y de la dueña Ruidera etc., que refirió Montesinos á Durandarte, estando presente Don Quijote.

2 Aludía aqui sin duda al Duque de Béjar, que, como queda

yo [1] que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa, pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote; porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra [2]. Y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador.

Estando en esto vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre á pie caminando apriesa, y dando va-

dicho en las notas de la dedicatoria de esta segunda parte, no dispensó á Cervantes la protección que le merecía su obra.

1 Parece cierto que indica en esta expresión al Conde de Lemos, á quien dedicó Cervantes esta segunda parte del QUIJOTE.

2 Como San Pablo, primer ermitaño, San Antonio, San Pacomio y otros anacoretas de la Tebaida de Egipto.

razos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que véis que aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar á la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron á caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio á ella, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro [1]. Respondió que su señor no lo tenía; pero si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

1 Es decir, vino.

—Si yo la tuviera de agua [1], respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de camacho y abundancia de la casa de Don Diego, cuántas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta y á poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha prisa, y así lo alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al paracer debían de ser los calzones ó gregüescos, y herreruelo y alguna camisa; porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados [2], á uso de corte; la edad llegaría á diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
Mi necesidad,
Si tuviera dineros
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole:

—Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán, y ¿adonde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo. Á lo que el mozo respondió:

—El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es á la guerra.

1 Aquí se suple la palabra gana con que termina el punto anterior.

2 Es decir romos ó sin punta.

—¿Cómo la pobreza! preguntó Don Quijote, que por el calor bien puede ser.

—Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto, como por orearme voy de esta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelón [1] en la corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja [2] por ventura? preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido á algún grande de España ó á algún principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara; que eso tiene el servir á los buenos; que del tinelo [3] suelen salir alférez ó capitanes, ó con algún buen entretenimiento [4]; pero yo ¡desventurado! serví siempre á catariberas [5] y á gente advenedi-

1 Se llama *pelón* al que no tiene pelo y metafóricamente se da este nombre al que carece de dinero ó lo tiene muy escaso.

2 Ventaja se llamaba entonces el sobresueldo ó ayuda de costas sobre el sueldo ordinario; expresión propia de la milicia, donde se llamaban *aventajados* los soldados que gozaban de sobresueldo.

3 *Tinelo*, pieza de comer, especie de refectorio donde comen juntos los criados cuando son muchos, como sucedía en las casas de los grandes ó personas opulentas; y por eso *del tinelo* quiere decir del servicio de los grandes.

4 Lo mismo que pensión, sueldo ó asistencias para mantenerse.

5 Dábase este nombre metafórico, dice Pellicer, á los preten-

za [1], de ración y quitación [2] tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar [3] un cuello se consumía la mitad de ella, y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventaja.

—Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea [4]?

—Dos me han dado, respondió el paje; pero así como al que se sale de alguna religión antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían á mí los míos mis amos; que acabados los negocios á que venían á la corte, se volvían á sus casas y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado.

dientes de varias aldeas mayores cuya vida solícita, afanada y escasa tal vez de bienes temporales pinta con incomparable gracia D. Diego Hurtado de Mendoza en una carta manuscrita que con otras se guarda en la Biblioteca. La voz *catariberas* se compone del verbo antiguo *catar*, que significa mirar, reconocer, y del sustantivo *riberas:* y significa propiamente el ojeador, reconocedor, ó explorador de las aves que suelen hacer asiento en las riberas, lagunas y otros lugares pantanosos.

1 *Gente advenediza*, porque iba á la corte, donde no estaba de asiento sino que acabado el negocio á que viniera, se volvía á su casa.

2 La *ración*, era la porción, parte ó pitanza que se daba al criado diariamente para su alimento y la *quitación*, el sueldo ó salario que se le pagaba para la demás subsistencia.

3 La operación de almidonar la ropa era en tiempo de Cervantes indispensable para el asco personal.

4 *Librea* en tiempos antiguos se llamaba el vestido uniforme que los Reyes daban á los militares. Generalmente se daba éste nombre à los vestidos iguales de las cuadrillas de caballeros y de sus comitivas en las fiestas y torneos. Después ha quedado el nombre de *librea* reducido al traje uniforme que se da à los criados de esfera inferior, de quienes suele recogerse al despedirlos, que es lo que aquí llama D. Quijote *espirlochería* que significa miseria, mezquindad.

—¡Notable espirlochería! como dice el italiano, dijo Don Quijote; pero con todo eso tenga á feliz ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no se qué los de las armas á los de las letras con un si sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano [1], cual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista [2]; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción ó refriega, ó ya de un tiro de artillería ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra:

1 El título de emperador no es en este lugar sinónimo de soberano ó monarca sino de capitán ó caudillo. Bajo el imperio el nombre de emperador pasó á ser sinónimo de soberano, por la sagacidad que tuvo Augusto de reunir en sí perpetuamente los poderes consular, dictatorial y tribunicio.

2 Así lo refiere Suetonio en la vida del Dictador cap. LXXXVII, donde dice: *pridie quam occideretur, in sermone nato, super coenam apud M. Lepidum, quisnam esset finis vitæ commodissimus, repentinum inopinatumque prætulerat.*

y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huída, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á polvora que á algalia [1], y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado, ó cojo [2], á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os podrá menoscabar la pobreza; cuanto más, que ya se va dando orden como se entretengan [3] y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir; que echándoles de casa con título de libres, los hacen esclavos del hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir más sino que subáis á las ancas de este mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo y por la mañana seguiréis el camino, que os lo dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta; y á esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí:

—¡Válate Dios por señor! y ¿es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como

1 Con esto indica cuan mal están los afeites y afeminación al soldado. La *algalia* es un perfume ó substancia de olor muy parecida al almizcle; se cría en una bolsa que tiene la civeta ó gato de algalia, animal carnicero de Asia y Africa. De la algalia se sirven los perfumadores para preparar aguas, polvos y pomadas.

2 Al escribir esto Cervantes pensaría sin duda en sí mismo y hablaba de sí, sólo le faltó poner *estropeado y manco* en vez de *estropeado y cojo.*

3 Es decir, mantengan.

aquí ha dicho, diga que há visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo como solía.

No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho; lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV

Donde se apunta [1] la aventura del rebuzno, y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocía el pan [2] á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas. Déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia; que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso, respondió Don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedía y sentándose en un poyo y Don Quijote junto á él teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir de esta manera:

1 Apuntar es indicar ligeramente, de lo que está muy lejos la relación de la aventura del rebuzno.

2 Expresión proverbial nacida, como otras infinitas propias del idioma castellano, de las profesiones y ejercicios ordinarios y domésticos. Esta se tomó de la impaciencia de los horneros, cuando ven que se tarda en cocer el pan que ya tienen metido en el horno. Clemencín.

—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que á un regidor de él, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo:

—Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido.

—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.

—En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasión mirarle; quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.

—Mucho placer me haréis, dijo el del jumento; y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.

—Con estas circunstancias todas y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad de este caso. En resolución, los dos regidores, á pie y mano á mano [1], se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron ni pareció, por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro:

1 En compañía, cuando es sólo de dos personas.

—Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído.

—¿Algún tanto decís, compadre? dijo el otro; por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos.

—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vayáis vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo; y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oiga y nos responda, si es que está en el monte. Á lo que respondió el dueño del jumento:

—Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso:

—¿Es posible, compadre que no fué mi asno el que rebuznó?

—No fué, sino yo, respondió el otro.

—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

—Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que podéis dar dos rebuznos de ventaja àl mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el so-

nido que tenéis es el alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido, y os rindo la palma y doy la bandera de esta rara habilidad.

—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que decís.

—También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.

—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes al que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun este plegue á Dios que nos sean de provecho.

—Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumenmento respondiese, ni aun por señas. Mas, ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos! Y en viéndole dijo su dueño:

—Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

—En buena mano está, compadre, respondió el otro,

pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, á donde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en rebuznar; todo lo cual se supo y estendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que nunca duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordias por doquiera, levantando caramillos en el viento [1] y grandes quimeras de monada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formando escuadrón han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que os dije que os había de contar, y si no os lo han pare-

1 Esta expresión viene á ser lo mismo que la de *levantar castillos en el aire* sólo que *caramillos* se toma en mala parte por chismes, enredos, embustes calumniosos, y *castillos* son ficciones sin malignidad.

cido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüesços y jubón, y con la voz levantada dijo:

—Señor huésped, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Cuerpo de tal! dijo el ventero, que aquí está el señor Maese Pedro; buena noche se nos apareja. (Olvidábaseme de decir como el tal Maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo). Y el ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuesa merced, señor Maese Pedro; ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.

—Al mismo duque de Alba [1] se la quitara para dársela al señor Maese Pedro, respondió el ventero; llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora, respondió el del parche; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta.

1 ¿Por qué se nombra el duque de Alba más bien que á otro? En tiempo de Cervantes aun estaba fresca la memoria del gran Duque de Alba, el conquistador de Portugal, el héroe celebrado por Garcilaso de la Vega, que murió en Lisboa el año 1583. Su nombre andaba en boca de todos los españoles, y ninguna persona de su tiempo que no fuese príncipe podía infundirles tanto respeto. CLEMENCÍN.

—Preguntó luego Don Quijote al ventero qué Maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traía. Á lo que respondió el ventero:

—Este es un famoso titerero [1], que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón [2], enseñando un retablo [3] de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oído le dice la respuesta de lo que preguntan, y Maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho más que las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que

1 Así se decía en tiempo de Cervantes y no titiritero como se dice ahora.

2 Según las noticias recogidas por Jerónimo de Zurita en sus enmiendas al capítulo XVIII, año 1351, de la crónica del Rey Don Pedro de Castilla, ya desde el siglo XIII se llamaba Mancha del Monte de Aragón la parte oriental de la Mancha; y en las relaciones topográficas hechas en tiempo de Felipe II se vé que todavia conservaba el nombre de Mancha de Aragón ,contándose en ella Chinchilla, Albacete, Alhambra, Belmonte y Quintanar de la Orden. Clemencín.

3 Entiéndese ordinariamente por *retablo* el conjunto de adornos que forman un altar, y suelen ser de madera. Antiguamente los retablos tenían frecuentemente varias divisiones ó compartimientos en que habia diversas pinturas, estatuas ó relieves. Dióse también el nombre de retablos á las colecciones de figurillas que llevaban en otro tiempo los titiriteros, y con que representaban algunas historias más ó menos conocidas por el vulgo; de esta última clase era el retablo de Maese Pedro. Id.

nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él después de haberle hablado al oído; y así se cree que el tal Maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis y bebe más que doce; todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto volvió el Maese Pedro, y en una carreta venía el retablo y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro [1], pero no de mala cara. Y apenas le vió Don Quijote cuando le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo:

—Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

—¡Voto á Rus! [2] dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puedo saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo: ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene? No quiso tomar Maese Pedro dinero, diciendo:

—No quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano

1 Se las llama de fieltro por lo duras y callosas que son.

2 Este juramento sería tal vez á Rus, señor de un castillo que hubo en la Mancha. Bastús.

derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa, y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo. Y al punto con grandísima priesa se fué Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo:

—Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

—Y tú, ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero, y del mejor caballero del mundo! alégrate; que tu buena mujer Teresa, está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino; y por más señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino: con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y no la trocara yo por la giganta Andandona, que según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pró; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

—Ahora digo, dijo á esta sazón Don Quijote, que el

que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto, porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo Don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas, pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno.

—Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo. A lo que respondió Maese Pedro, (que ya se había levantado de los pies de Don Quijote):

—Ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo porvenir, que si respondiera no importara no haber dineros, que por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y ahora porque se lo debo y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo que en un punto fué hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase, ni las por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie, le dijo:

—Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro, su amo, debe tener hecho pacto tácito ó espreso con el demonio.

—Si el patio es expreso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal Maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho, no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto, el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más; que las por venir no las sabe, si no es por conjeturas y no todas veces; que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el espíritu del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinándole, y sacándole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancia la verdad maravillosa de la ciencia.

—Con todo eso querría, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á Maese Pedro preguntase á su mono, si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas.

—Todo podría ser, respondió Don Quijote; pero yo

haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.

Estando en esto, llegó Maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habían pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecía que tenían de todo. A lo que Maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho, dijo:

—Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído, dijo luego Maese Pedro:

—El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas y parte verdaderas; y que esto es lo que sabe y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes como dicho tiene.

—¿No lo decía yo, dijo Sancho, que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aun-

que esté escondida en el seno de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen Maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna! respondió Maese Pedro; sesenta mil encierra en sí este mi retablo. Dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis;* y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, y que decir, y que mostrar.

Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro de él, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del Maese Pedro para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenía una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salían. Puestos, pues, todos cuantos habaí en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo, en los mejores lugares, el trujamán [1] comenzó á decir lo que oirá y verá el que oyere ó leyere el capítulo siguiente.

1 Palabra tomada del árabe y con ella llaman los árabes y persas á los intérpretes.

CAPÍTULO XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad buenas.

Callaron todos tirios, y troyanos [1]; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales [2] y trompetas, y dispararse mucha artillería [3], cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

1 Imitación festiva, ó mejor dicho, traducción del primer verso del libro segundo de la Eneida:

Conticuere omnes intentique ora tenebant.

Fué graciosa ocurrencia, dice Clemencín, aplicar el principio de la pomposa y solemne relación de los ruidosos sucesos de Troya, hecho ante la Reina y Próceres en el alcázar de Cartago, al romance de Melisendra, representado en el portal y ante el consistorio de la venta. Maese Pedro ó su criado es Eneas; Don Quijote Dido: Sancho el fiel Acates: el primo y el paje los capitanes troyanos; el ventero, el conductor de alabardas y demás de la venta los magnates de la soberbia Tiro y naciente Cartago.

2 *Atabales*, especie de tambores usados en la antigua milicia. Covarrubias los hace sinóminos de *atambores;* pero, expresando que los llevan en bestias, manifiesta su diferencia con el *atambor*, que es propio de la infantería. Otra diferencia consiste en que los atabales constan de dos cajas, y el atambor ó tambor es una sola. CLEMENCÍN.

3 La mención de la artillería en tiempo de Carlomagno es un anacronismo en que no tenía obligación de reparar un titiritero.

—Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trato de la libertad que dió el señor Don Gaiferos [1] á su esposa Melisendra [2], que estaba cautiva en España en poder de los moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza [3]. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas Don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona á la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones; y aun hay autores que dicen que se los dió y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su hon-

1 Según los antiguos romances castellanos Gaiferos, Rey de Burdeos, era sobrino del Emperador Carlomagno, á quien, dice Turpín, acompañó con tres mil hombres de pelea en su expedición á España.

2 Melisendra era, según los romances, hija de Carlomagno. Estando tratada de casar con Gaiferos la cautivaron los moros sin que por muchos años se supiese donde estaba cautiva.

3 Clemencín examinando el motivo porque se llamaría Sansueña à Zaragoza dice: «No he podido averiguar el origen que tiene el darse este nombre à la ciudad de Zaragoza, como se hace en el presente capítulo. Todos los romances convienen en que Sansueña estaba en tierra de moros, mas ninguno dice que fuese Zaragoza».

ra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado á Don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide aprisa las armas, y á Don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana [1]; y cómo Don Roldán no se la quiere prestar [2], ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que

1 De la espada *Durindana*, dice Turpín, que era de hermosísima hechura, de un hilo incomparable y de una fortaleza inflexible. Se le daría quizás el nombre de *Durenda*, que es como él la llama, por su dureza ó fortaleza. Algunos franceses llamáronla *durandal*, y los italianos *durindana*, que es como más comúnmente la denominan nuestros romanceros castellanos. En la historia de Carlomagno se lee que el fabricante de esta decantada espada se llamaba *Munificans*.

2 Así lo fingió al pronto D. Roldán para probar á su sobrino, según cuenta el romance; pero luego trató de aplacarle, y le dijo:

Si fuerais mal caballero,
no os dijera yo tale;
mas porque sé que sois bueno,
por eso os quise así hablare
que mis armas y caballo
á vos no se han de negare:
y si queréis compañía
yo os querría acompañare.
Mercedes, dijo Gaiferos,
de la buena voluntade.
Solo me quiero ir, solo,
para haberla de buscare,
nunca me dirá ninguno
que me vido ser cobarde.

se pone; pero el valeroso enojado [1] no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra: y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería [2]; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio.

Esta figura, que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona [3], es la misma de Don Gaiferos á

1 Parece debería escribirse *valeroso Enojado*, porque *Enojado* es un adjetivo sustantivado, que supone por Gaiferos, como la misma voz *Enojado* supone por el valiente Repolido en aquella copla:

> Detente, *Enojado*,
> no me azotes más,
> que si bien lo miras,
> á tus carnes das.

En algunas ediciones se han tenido estas dos voces por dos adjetivos y se ha acentuado el artículo el para que supusiese como pronombre por Gaiferos, leyendo así: *pero él valeroso, enojado no le quiere aceptar:* con lo que se destruye la gramática. PELLICER.

2 La Aljafería estaba fuera de Zaragoza, y, según el romance, el palacio donde habló Melisendra á D. Gaiferos estaba en la plaza más grande de la ciudad. Pero el relator alteró en esto como también en el nombre del rey de Sansueña el contenido del romance.

3 Covarrubias en su Tesoro de la lengua Castellana, dice que la gascona era una capa con capilla puntiaguda, propia de aldeanos, pastores y viajantes. Aquí se usa con oportunidad de la

quien su esposa, puesta á los miradores de la torre, sin conocerle ha visto, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó [1] todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides [2],
Por Gaiferos preguntad [3].

Los cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver como Don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha cono-

palabra *gascona* porque, según se dijo antes, Gaiferos era Rey de Burdeos, que es la capital de la Gascuña.

1 *Pasó* es lo mismo que *tuvo* y en esta acepción lo usó Cervantes al fin del cap. XI de esta segunda parte, cuando dice que Don Quijote, Sancho y el Bachiller Carrasco *pasaron un graciosísimo coloquio.*

2 Terminación anticuada del verbo *ir* en lugar de vais.

3 He aquí el romance á que alude:

Caballero, si á Francia ides
Por Gaiferos preguntad,
Decidle que la su esposa
Se le envía á encomendar:
Decidle si ya es tiempo
De me venir á sacar
Desta prisión tan esquiva
Do vivo en soledad.

A lo que contestó Don Gaiferos:

No lloréis vos, mi señora,
no queráis así llorare,
porque esas encomiendas
vos mesma las podéis dare.
Soy el infante Gaiferos,
Señor de París la grande...

cido; y más ahora que vemos se descuelga del balcón [1] para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo: Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín [2] de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero véis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase de ella, y mal de su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas. Véis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Véis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía.

No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar alarma; y ¡miren con qué priesa! que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y

1 Según el romance, Melisendra no se descolgó, sino que se quitó de la ventana y bajó por la escalera:

Melisendra que esto vido
Conocciólo en el hablare;
tiróse de la ventana,
la escalera fué á tomare:
salióse para la plaza
adonde lo vido estare.

2 Traje de la cintura abajo.

un género de dulzainas, que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por Maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi por ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol [1].

—Así es la verdad, replicó Don Quijote. Y el muchacho dijo:

—Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de Don Gaiferos y de Melisendra! ¡cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y tambores que retumban! Témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto es-

1 Esta crítica oportunísima en tiempo de Cervantes no ha dejado de serlo todavía en nuestros tiempos, en que se ha aumentado más y más el mal gusto en las composiciones dramáticas, que son modelo y escuela de nueva moral degradadora del género humano y de toda civilización. Habia dicho Lope de Vega:

Como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto;

y sus obras demuestran á las claras que sólo se proponen ganar, muchos que escriben comedias en las que lo que menos aparece son las reglas de arte.

truendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían; y levantándose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero como Don Gaiferos. Deteneos, malnacida canalla; no le sigáis ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces Maese Pedro, diciendo:

—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. Mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.

Mas no por eso dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la ventana, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él dijo después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente ¡qué fuera del buen Don Gaiferos, y de Melisendra¡ A buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

—Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey Don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía [1].

No há media hora, ni aun un mediano momento, que me ví señor de reyes y emperadores, llenas mis caba-

1 Estos versos son del romance de *como perdió á España el Rey D. Rodrigo*, de donde Cervantes entresacó los que le parecieron más propios, como se ve en los siguientes donde se lee con más extensión este pasaje:

Llorando de los sus ojos
Desta manera decía:
Ayer era rey de España,
Hoy no lo soy de una villa:
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseía:
Ayer tenía criados
Y gente que me servía,
Hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.

llerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas; y ahora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono; que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada de este señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí sólo ha venido á faltar su intención generosa; ¡qué sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, *el Caballero de la Triste Figura* había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole:

—No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no! respondió Maese Pedro. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible de ese poderoso brazo? ¿Y cuyos eran sus cuerpos sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Qui-

jote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra; que Melisendra era Melisendra, Don Gaiferos, Don Gaiferos; Marsilio, Marsilio; y Carlomagno, Carlomagno; por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían; y con este buen propósito hice lo que habéis visto. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, de este mi yerro, aunque no ha procedido de mi malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinóse Maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían; y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

—Ya se ve cuan imposible es volver á este rey á su ser primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me den por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida y señálense cinco reales.

—Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote; que no está en un cuartillo más ó menos la monta de esta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

Por esta figura, dijo Maese Pedro que está sin narices y un ojo menos, que es de Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales doce maravedís.

—¡Aún ahí sería el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia! porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corría; y así no hay para qué vender á mí el gato por liebre [1], presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro y caminemos todos con pie llano y con intención sana... y prosiga. Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba [2] y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo:

1 Proverbio contra los que engañan desfigurando las cosas y dando una por otra.

2 *Izquierdear*, apartarse del camino derecho de la razón. Palabra metafórica, felicísimamente inventada para significar lo que se intenta, y usada antes por Fray Luis de Granada en el *Símbolo de la Fe*. CLEMENCÍN.

—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

De esta manera fué poniendo precio á otras destrozadas figuras, que después lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfacción de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos [1]; y además de esto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

—Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona[2], y doscientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podría decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro, pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche; y amanecerá Dios, y verémonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más

1 Esta cantidad, computando el valor de los reales de tiempo de Cervantes, viene á equivaler á ciento [illegible]co reales vellón de los nuestros. Id.

2 Jugó Don Quijote con la doble significación de la palabra *mona*, que suele también significar la que toman los borrachos.

dimes ni diretes con Don Quijote á quien él conocía muy bien; y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía á Don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor y despidiéndose de él, casi á las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaración de esta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Dice Cide Hamete, que bien se acordará, el que hubiera leído la primera parte de esta historia, de aquel Ginés de Pasamonte á quien entre otros galeotes dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamó don Ginesillo de Parapillo, fué el que hurtó á Sancho Panza el Rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuían á poca memoria del autor la falta de imprenta. Pero en resolución, Ginés le hurtó, estando sobre él Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo, cuando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho como se ha contado.

Este Ginés, pues, temeroso de ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió,

pues, que de unos cristianos ya libres, que venían de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó, que en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro y le murmurase, ó lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato según tomaba el pulso [1] á los preguntantes, y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la señal al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacía mamonas y llenaba sus esqueros [2]. Así como entró en

1 *Tomar el pulso*, frase metafórica. Tantear y examinar el estado de alguna cosa para poder gobernarse en ella.

2 Llamábanse *esquero* unas bolsas que se llevaban en lo antiguo colgadas al costado, y que usaban hombres y mujeres. Los primeros solían llevar en ellas la piedra y yesca, la navaja y también el dinero, y las mujeres las llaves de casa, el alfiletero y otros avíos mujeriles. BASTÚS.

la venta conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración á Don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si Don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza del rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono.

Y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza; pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas [1]. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados [2] pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre vió al pie de ella, á su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes

1 En el cap. IV, tratándose de verificar la tercera salida, se dijo que faltaban pocos días.

2 El tercio era cuerpo de tropas en que se hallaba dividido el ejército español en el siglo XVI. La fuerza del tercio tuvo varias alteraciones; pero á principios del siglo XVII se fijó á doce compañías, y cada una de ellas de doscientos cincuenta infantes, inclusa la plana mayor que se componía de un capitán, un paje, un alférez, un abanderado, un capellán, un sargento, dos tambores, un barbero y doscientas cuarenta y una plazas. Los tercios que se formaban fuera de España, tenían quince compañías de doscientos hombres cada una. El tercio le mandaba un maestro de campo y un sargento mayor y á falta de estos el capitán más antiguo. El tercio equivalía á un regimiento. BASTÚS.

de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas [1]. Bajó del recuesto y acercóse al escuadrón, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores, y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte ó girón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco [2], la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; al rededor de él estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía es-

1 El *lanzón* era una lanza corta y gruesa con un rejón de hierro ancho y largo. Las *partesanas* eran una especie de alabardas de dos varas de largo con el hierro en forma de cuchilla de dos cortes, y en el extremo una como media luna. Era la insignia de los cabos de escuadra de infantería. Las *alabardas* eran de unos seis ó siete pies de largo con un hierro de dos palmos en su extremo, ancho de unos dos dedos que va terminando en punta. Hállase atravesado este hierro por otra en forma de cruz, terminando por una punta aguda por una parte y con la de una media luna por otra. En algunas naciones es todavía la insignia de los sargentos, y en España el arma privativa de una guardia de palacio de nuestros reyes llamada por esto de alabarderos. *La pica*, larga como la alabarda, terminaba en un hierro sencillo de unas dieciocho pulgadas de largo con tres filos ó cortes, y solía usarla la infantería, principalmente para resistir el ímpetu de los escuadrones de caballería. Id.

2 Llamábase *sardesco* á un asno pequeño, quizás porque lo sean los de Cerdeña, de donde tomaron el nombre.

crito. Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, porque, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza:

—Señor, en eso no hay nada que reparar; que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos, cuanto más que no hace el caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente, conocieron ó supusieron cómo el pueblo corrido salía á pelear con otro, que le corría más de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad.

Fuese llegando á ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

—Buenos señores, cuan encarecidamente puedo, os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me

hagáis, pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza á mi lengua.

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían.

Don Quijote con esta licencia prosiguió diciendo:

—Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo [1], que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar á un pueblo entero, si no es retándolo de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traición porque le reta. Ejemplo de esto tenemos en don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que sólo Bellido Dolfos había cometido la traición de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque también es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar á los muertos, á las aguas, ni á los peces, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias, que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija [2].

1 *Duelo* es abreviatura de *duorum bellum*, ó combate singular de uno á uno.

2 Cuando el rey D. Sancho de Castilla fué muerto á traición, mientras cercaba á Zamora, Don Diego Ordoñez de Lara, uno de

Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros [1], berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de

sus vasallos, retó de traidor á todo el pueblo zamorano: mas no fué porque ignorase que sólo Bellido había cometido la traición, sino porque después de ella lo había acogido en la ciudad. En un romance antiguo de la Crónica del Cid se hace prolija mención de las circunstancias ó fórmula de este reto y dice así:

Ya cabalga Diego Ordoñez
De real se había salido
De dobles piezas armado
En un caballo morcillo:
Va á reptar los zamoranos
Por la muerte de su primo,
Que mató Bellido Dolfos,
Hijo de Dolfos Bellido.
Yo os repto, los zamoranos,
Por traidores fementidos:
Repto á todos los muertos,
Y con ellos á los vivos:
Repto hombres y mujeres,
Los por nacer y nacidos:
Repto á todos los grandes,
Á los grandes y á los chicos,
Á carnes y pescados,
Y á las aguas de los ríos, etc.

1 *Cazoleros ó cazalleros*, apodo que el vulgo daba á los de Valladolid por Agustín Cazalla, natural de dicha ciudad y que fué ajusticiado en ella.

Berengeneros. En el artículo *berengena* dice Cobarrubias que á los toledanos por ser aficionados á berengenas y *usar su pasto en diferentes guisados, llaman berengeneros*. Y en una comedia compuesta por Luís Velez de Guevara se dice: *Sería trabajo tan excu-*

otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más ó menos! ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen de continuo hechas las espadas sacabuches [1] á cualquier pendencia, por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita ó

sado como llevar agua al mar, plata al Perú, hierro á Vizcaya, aceitunas á Sevilla, berengenas á Toledo. El mismo gusto y afición á las berengenas, dice Clemecín se achacaba á los judíos: y así, en unas coplas que se incluyeron en el *Cancionero general*, decia el Conde de Paredes á uno á quien motejaba de hebreo:

No dejemos la patena
Á que la boca llegastes,
Que luego que la tocastes
Se dice que la tornaste
Cazuela con berengena.

Ballenatos. ¿Quién ignora, dice Clemencín, que á los madrileños solía llamárseles *hijos de la ballena?* Una albarda, arrastrada por una avenida de Manzanares, y tenida por ballena, había sido ocasión del valor y denuedo con que los habitantes de la corte, provistos de toda clase de armas, salieron á la puente á detenerla. A esto aludía el Maestro Tomé de Burguillos en una canción burlesca, donde dijo:

Riberas del estrecho Manzanares
Por donde antiguamente
Alborotó los límites postreros
La que tuvo á Jonás en sus hijares,
Escureciendo su cristal corriente,
Hasta que abandonó los lavaderos
A fuerza de los fieros
Dardos y chuzos de la gente armada
Que por la puente le estorbó la entrada.

Jaboneros. Créese que eran los de Getafe, según dice Pellicer.

1 Chiste anfibológico tomado del oficio de la espada, con que se despanzurra y sacan las tripas al contrario, y del instrumento músico llamado *sacabuche*.

quiera; los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria [1]. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea), va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios qúe del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo le-

1 En un romance viejo, decía á sus hijos Arias Gonzalo estándose armando con ellos para salir á pelear con D. Diego Ordoñez de Lara:

Acordaos de aquel vulgar
En España tan usado
Por su ley y por su Rey,
Por su patria está obligado
A morir cualquiera bueno,
Ende más si es hijodalgo.

gislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana [1], y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

—Que me emplumen, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo [2], y si no lo es, á fe que lo parece como un huevo á otro.

Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante con su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo:

—Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó *Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama *el Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance [3] como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja, procede como buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña; y así, no hay más que hacer, sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo errare; cuanto más, que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuz-

1 Esto es, ligera.

2 Sancho estropea aquí, según su costumbre, la palabra *teólogo* como en otra parte estropeó la palabra *teología* diciendo *tología*.

3 La lengua castellana. Hasta nuestros días guarda el idioma patrio el nombre de *romance*, como derivado del romano, esto es, del latino.

naban todos los asnos del pueblo; y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me dan dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida; y luego, puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan réciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto á él, creyendo qua hacía burla de ellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que, sin ser poderoso á otra cosa, dió consigo Sancho Panza en el suelo.

Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le había dado con la lanza sobre mano, pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogía el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadrón se contentaron con verle salir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para seguirle, pero el Rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venía; y atendióle viendo que ninguno le seguía. Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por

no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo rogocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo [1].

1 *Trofeo* derívase del latin *trophæum* cuya raíz griega equivale á poner en fuga, ahuyentar. Los *trofeos* en su origen no eran más que troncos de encina revestidos de los despojos ó de las armas de los vencidos, es decir, de una coraza, de un casco y de un escudo. El *trofeo* se erigía inmediatamente después de la victoria en el campo de batalla. Esta costumbre pasó de los griegos á los romanos y se cree que fué introducida entre los últimos por Rómulo. Después se pensó en hacer llevar los trofeos delante del carro del triunfador. Á fin de hacer más duradera la gloria del vencedor, se discurrió luego de hacer erigir estos trofeos ó monumentos de piedra, de mármol ó de otra materia sólida. El primer monumento ó trofeo de que hace mención la historia romana, es el que erigió C. Flaminio en el año 530 de Roma. Era de oro y se colocó en el Capitolio. Pero los más célebres trofeos que hubo en Roma fueron los dos que Mario erigió en memoria de sus dos victorias, la una alcanzada sobre Yugurta, y la otra sobre los Cimbrios y los Teutones. Eran de mármol y fueron colocados en la quinta región de Roma, llamada Esquilina. Las columnas Trajana y Antonina y la mayor parte de los arcos y monumentos erigidos por los antiguos son unos verdaderos trofeos. BASTÚS.

CAPÍTULO XXVIII

De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien las leyere, si las lee con atención.

Cuando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya vuelto en acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado.

Apeóse Don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dijo:

—Tan en hora mala supisteis vos rebuznar, Sancho; ¿y dónde hallasteis vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado[1]? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje[2].

1 Expresión proverbial con que se censura la indiscreción de nombrar cosa que refresca la memoria de su afrenta á los lastimados.

2 Es decir, hacerle un corte en la cara ó partírsela de un sablazo.

—No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas; subamos y apartémonos de aquí; que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera [1] en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber Sancho, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario, más se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo; así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores y de estos están las historias llenas; las cuales, por no serte á ti de provecho ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda, que hasta un cuarto de legua de allí se parecía.

De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, y preguntándole Don Quijote la causas de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía, de manera que le sacaba de sentido.

—La causa de ese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron

1 *Alheña* eran unos polvos que usaban los moros para teñir. *Cibera*, derivado del latín *cibus*, significa propiamente las granzas ó restos gruesos que quedan después de molidos los granos que se destinan á alimento. También significa el trigo que pasa de la tolva á la rueda del molino para convertirse en harina.

largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera.

—Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor; que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron no es mucho adivinar. Á la fé, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga, y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo, porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchas averías, que si ahora me han salido á las espaldas, después me saldrán á los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y mis hijos y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si queréis más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar [1], y tendeos á todo vuestra talante; que ¡quemando vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo

1. *Escudillar* propiamente es echar caldo de la olla en la escudilla: aquí se toma metafóricamente por *tomar terreno para tenderse.*

menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! De los presentes no digo nada; que por ser vuesa merced uno de ellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y cuanto piensa.

—Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora, que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca; que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré ya por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros á vuestra casa con vuestra mujer é hijos, no permita Dios que yo os lo impida. Dineros tenéis míos: mirad cuánto ha que esta tercera [1] vez salimos de nuestro pueblo y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servía, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida; con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, si bien sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolución, los que servimos á los labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego Miranda, y la gira [2] que tu-

1 Era la segunda que salía Sancho.

2 *Gira* es fiesta campestre acompañada de comida, que es lo que llamamos ahora *partida de campo*. Clemencín.

ve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en dura tierra del cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad; ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—Á mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes, me tendría por bien pagado. Esto es en cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales; que por todos serían treinta.

—Está muy bien, replicó Don Quijote, y conforme al salario que vos os habéis señalado ved cuántos días ha que salimos de nuestro pueblo; contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestro mano.

—¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el día que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.

—Pues qué, ¿tanto ha, Sancho, que te la prometí? dijo Don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber veinte años, tres días más ó menos.

Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reír muy de gana, y dijo:

—Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años, que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así y tú gustas de ello, desde aquí te lo doy y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tal mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero, dime prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú, ó leído, que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto más tanto me habéis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo (que todo lo pareces); éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho, ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas [1] selladas en mi rostro. Vuelve las riendas ó el cabestro al Rucio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! [2] ¡Oh promesas mal colocadas! ¡Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado y tal, que á pesar de tu mujer te llamaran señoría, ¡te despides! ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar

1 Vulgarmente se toma por una postura como dice Covarrubias, de los cinco dedos de la mano en el rostro de otro y por menosprecio solemos decir le hizo la *mamona*.

2 *Mal conocido* es lo mismo que *desconocido ó mal agradecido, ingrato.*

cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decía, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo:

—Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno, no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me queden de mi vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda no se imposibilita.

Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos.

Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso, dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, cuatro días después que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque comtempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil agradables pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de Maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas era verdad y parte mentira, él se atenía más á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira.

Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni sin otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba.

Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote:

—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario,

me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado de él sino por la mano de otro caballero (puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas, y aun más), ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar los ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar, donde quieren y donde es menester su ayuda; así que ¡oh Sancho! este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y antes que este se pase, ata juntos al Rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guíe; que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán que dice: «haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa;» pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced, que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores de este río, porque en él se pescan las mejores sabogas [1] del mundo.

Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, deján-

1 Pescado muy rico, parecido al sábalo del que quizás deriva su nombre.

dolas á la protección y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima.

Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales; que el que los llevaría á ellos por tan longincuos [1] caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlos.

—No entiendo esto de longincuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los días de mi vida.

—Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran.

—Ya están atados, replicó Sancho; ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote: santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado. Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas del río, comenzó á temblar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que oir roznar al Rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor:

—El Rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia. Y en esto co-

1 *Longincuos* ó remotos, que es lo mismo, se dice de las *regiones* pero no de los *caminos*. Los caminos pueden ser buenos ó malos, cortos ó largos, rectos ó torcidos, pero no longincuos ó cercanos; estas cualidades no les convienen. CLEMENCÍN.

menzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico le dijo:

—¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de ratón casero? Ó ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha, ¿vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas [1], sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso de este agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya debemos de haber salido y caminado setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio [2] con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que habemos caminado; aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinocial [3] que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

1 Colócanlas algunos al N. de la Escitia, al paso que otros creen que sólo han existido en la imaginación de los poetas. Suponíase que en ellas vivían las Gorgonas. Llámanse también montes niuperbóreos.

2 El *astrolabio* de mar era un instrumento de que se servían en los viajes marítimos para tomar la altura del polo ó de los astros. Algunos atribuyen la invención del *astrolabio* á dos médicos judíos llamados Roterico y Jusúe, establecidos en Lisboa, y protegidos por el rey Juan II. Pero como entonces los judíos tenían las relaciones más estrechas con los moros, los que se cree hacian ya uso del *astrolabio*, es probable que estos médicos lo hubieran conocido ó recibido de los moros, los que habían tomado de los griegos el nombre y el uso de este instrumento. Bastús.

3 Se llama *ecuador* ó *linea equinocial* el grande circulo del globo terrestre equidistante de los dos polos, porque divide la esfera en dos partes ó hemisferios, ó porque cúando el sol se halla en este círculo los dias y las noches son iguales ó de una misma duracion.

—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote; porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir á las Islas Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial, que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallaran si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos de esta duda, y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada de eso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira como yo la tomo ahora, no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte de ellas, vieras claramente ¡qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando

ahora! Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco,

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró á su amo, y dijo:

—Ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado á donde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué? preguntó Don Quijote, ¿has topado algo?

—Y aún algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con la voz alta dijo á Sancho:

—¿Ves? allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué títere de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced señor? dijo Sancho. ¿No echa de ver que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la trasformación de Dulcinea.

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista.

Daban voces grandes, diciendo:

—Desgraciados, ¿dónde vais? ¿Venís desesparados, qué queréis ahogaros y hacerse pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira ¡qué de malandrines y follones me salen al encuentro! Mira ¡cuántos vestiglos se oponen! Mira ¡cuántas feas cataduras nos hacen cocos! Pues ahora lo veréis, bellacos, y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles:

—Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho Panza de rodillas, pidiendo devota-

mente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vínole bien á Don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra más mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas , las manos juntas los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiese pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

—¿Qué personas ó que castillos dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas?

—Basta, dijo entre sí Don Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, el uno estorba lo que el otro intenta; el uno me deparó el bar-

co y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo más. Y alzando la voz, prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: Amigos, cualesquiera que seáis, que en esta prisión quedáis encerrados, perdonadme; que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.

En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo:

—A dos barcadas como esta daremos con todo el caudal al fondo.

Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decía; y teniéndolos por locos los dejaron y se recogieron á sus aceñas y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias Don Quijote y Sancho, y ese fin tuvo la aventura del encantado barco.

ÍNDICE




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 02 09 002 6